

AGUA MANSA
CON UNA CARTA DE EDUARDO WILDE

MARTIN GIL

Editado por
elaleph.com

© 2000 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

UNA CARTA DE EDUARDO WILDE

Madrid, julio 18 de 1.908.

Señor Martín Gil.

Estimado colega:

Recibí su libro “Agua Mansa” y dije: un libro más que leer y una carta más que escribir.

Lo dejé sobre una mesa durante varios días y lo vi cambiar de posición según los acomodos que me hacían en el escritorio.

Por fin lo tomé y leí el prólogo, y después lo dejé reposar un poco; a los tres días lo tomé de nuevo y leí varios capítulos; horas más tarde concluí su lectura.

Puedo decirle que la mayor parte de sus capítulos me han encantado: Asamblea Microscópica, La Cosecha, Divagaciones de un zapatero, Arborifobia cordubensis y otros, por ejemplo: la descripción de la cosecha, de mano maestra, es un cuadro; la Asamblea, Divagaciones y Arborifobia están escritas con una ironía de buen género, humorista, sarcástica y erudita.

Todo su libro es una pura metáfora; podría decirse que usted no ha expresado nada directamente; pero la crítica, la burla, la condena suave de los hechos que toma por tópicos, salen vivientes de su mano: este modo de censurar la sociedad me agrada mucho y es muy difícil.

Varias veces usted toma un tema insignificante, y por el fino estilo en que lo trata, y por las deducciones inopinadas que de él saca, me hace recordar obras clásicas de autores de renombre en el mundo, que han mezclado el buen humor al sarcasmo en páginas instructivas y delicadas.

El reproche hiere cuando es directo, pero cuando resulta de un análisis, se toma con entera conformidad.

Quizá mi juicio favorable a su libro, dependa en parte de que encuentro una semejanza de estilo con el mío; si así es, me felicito de ello.

Acepte la expresión de mi sincero aprecio y el consejo que le doy, por amor al arte, de seguir escribiendo.

E. Wilde.

CUATRO LINEAS

A estas páginas volantes, muy bien puede el lector recorrerlas sin paraguas. Se trata de una tenue garúa a cielo descubierto, de las que no mojan ni ablandan nada.

Cuando más podría humedecer la punta de las pestañas, los agudos garfios de los bigotes a la crema, o los rulos caracoleados de las melenas higroscópicas. Sin embargo, no garanto la inmunidad para aquella gente que viste de papel secante u otra tela más o menos absorbente. Quizá después del paseíto encontrarían algo más pesado su vestido; pero entonces en vez de disgustarse, debieran más bien congratularse y agradecer a las ocultas leyes de la meteorología, por no haberse tratado de una manga de piedra de esas que matan animales.

Pienso con absoluta sinceridad, y digo lo que pienso con franqueza. No me asustan los atajacaminos, ¡qué! ¡si los conozco desde niño! ¿Quién no ha visto allá en las montañas, de vuelta a “las casas”, a esa hora indecisa en que el cielo y la tierra comienzan a mostrar sus más lindas flores, y los arroyos a dejar sentir sus cantos cristalinos; quién no ha visto, decía, revolotear por momentos sobre su cabeza un pájaro extraño, color tierra, de alas largas y puntiagudas como tijeras, algo como un retazo de trapo levantado por el viento, asentándose de trecho en trecho en la senda y agazapándose con todo misterio, hasta que en el instante mismo de ir a ser aplastado por el casco de la cabalgadura, se levanta como una flecha por entre las riendas caídas del pobre animal que distraídamente va jugando con las rodajas del freno como si saboreara pastillas de hierro? Ni el jinete ni la bestia se sorprenden: al contrario, más bien resulta entretenido el seguir con la vista los fantásticos revuelos de ese pájaro maniático afanado en realizar un imposible.

En la medida de mis fuerzas, mi rumbo es la Verdad y el Bien, ¡salga el sol por donde salga!

M. GIL.

ASAMBLEA MICROSCÓPICA

-¡Ya sabes! Mañana a las tres de la tarde, en las inmediaciones de Palermo, dentro del charco que tú conoces. Habrá asamblea general con asistencia de todos los gremios y corporaciones -dijo Mr. Vírgula, el microbio del cólera, alisándose el bigote con la punta de su cola en garfio.

-Convenido -contestó el microbio del tifus- he visto los carteles en las cañerías de las aguas corrientes, en los depósitos de basura y en los aljibes cerrados. Mañana, a las tres, llueva o truene.

Las tres de la tarde. Día hermoso. El charco y sus contornos hierven de microbios reverberando al sol.

-Señores -dice el presidente, Mr. Vírgula- antes de daros cuenta de los nobles y transcendentales propósitos que han motivado esta imponente reunión, debo pedirlos que os ubiquéis de acuerdo con vuestras condiciones vitales, pues no a todos les sienta bien la humedad. En cuanto a mí y a mi distinguido secretario, el representante del tifus, estamos en nuestro elemento.

El secretario sonrió, inclinando la cabeza en señal de asentimiento.

Cuando la concurrencia se hubo acomodado, el presidente volvió a alisarse los bigotes como disponiéndose a hablar. Entonces oyóse un suave murmullo, como en el templo, cuando el predicador aparece persignándose.

-Señoras bacterias, señores microbios y bacilos. -dijo el presidente- Los tiempos vanse poniendo cada vez más difíciles. En esta gran Capital Federal, el trabajo escasea día a día. Exceptuando a nuestro distinguido colega el representante de la tuberculosis, quien, felizmente, tiene todavía un vasto y florido campo de acción, los demás pasamos una vida precaria, difícil, casi imposible de soportar. Se nos persigue como a verdaderos criminales, con el fuego, con los áci-

dos, con los gases cáusticos, con toda esa plaga de productos venenosos inventados por la química moderna.

-¡Abajo la química! -gritaron- ¡Abajo!

-¡Permitidme, señores! -continuó el presidente- es justa vuestra indignación, pero no es tan sólo la química nuestro enemigo; tenemos otro muy superior, gigantesco, imponente, fatal.

Entonces la asamblea en masa rugió como un tigre:

-¡Sí, las cloacas, las cloacas! -y hasta el agua turbia del charco se estremeció entera, repitiendo por todos sus pliegues la voz unánime de la asamblea: ¡las cloacas!

-Sí, señores, vosotros lo habéis dicho: las cloacas, esas hijas de la ingeniería sanitaria, son nuestra gran fatalidad.

Antes de ser establecidas, el rinde general de la cosecha fúnebre era el treinta y tantos por mil; y hoy en día no llega al dieciseis. Con el actual rendimiento no se alcanza a sacar ni los gastos. Y como no podemos declaramos en huelga (¡qué más quisieran!) debemos tratar de emigrar. Ahora bien; encontrar el punto hacia donde debemos dirigirnos y sentar nuestros reales, ese es el problema que hoy mismo debe resolver esta ilustrada asamblea. (*¡Muy bien!*).

-Pido la palabra -dijo el microbio de la Escarlatina - En nombre de la Comisión de fiebres eruptivas, a la cual tengo el honor de pertenecer, ruego al señor secretario se digne leer el proyecto que acabo de poner en sus limpias manos. (*El secretario leyendo*).

“Art. 1° -Desde el 1° de Enero del año 1904, todos los gremios y representantes de enfermedades infectocontagiosas comenzarán a trasladarse a la ciudad de Córdoba, situada en el corazón de la República a 31° 25' 15" latitud sur y 64 11' 16" longitud occidental del meridiano de Greenwich. Altura sobre el mar, 410 m.”

“El miembro informante os dará las razones que ha tenido la Comisión para aconsejar esta resolución extrema. Firmados: *Viruela, Escarlatina, Sarampión.*”

-Bien, señores. -prosiguió la Escarlatina- No tengo para qué repetir lo que nuestro digno presidente acaba de manifestaros con la elocuencia que lo caracteriza. No hay duda ninguna: aquí nuestra situación se hace insostenible. Pero no os alarméis: estamos salvos. Acabo de llegar de Córdoba, transportado galantemente por uno de tantos convencionales que han venido a darse el lujo de votar por el que les apunten. Allí, en Córdoba, en esa ciudad mediterránea, he pasado una temporada deliciosa. Y puedo asegurar a mis distinguidos colegas que aquello es algo incomparable, un verdadero Potosí en sus buenos tiempos; una California, también en sus buenos tiempos, digna de ser estudiada por otro Bret-Harte; un paraíso terrenal, mas no perdido como el de Milton, sino ganado para nuestra noble causa. ¡Qué mal gusto el de Milton ponerse a cantar a una cosa perdida!

-¡Caprichos de un ciego! -replicó el microbio de la oftalmía purulenta.

-Pues, como decía, aquello es un edén. El subsuelo de esa tranquila ciudad resulta encantador, mis queridos colegas. Es una pasta sabrosísima, un budín del cielo, un manjar de los dioses. Allí todos nos codeamos, pero no hay miseria; al contrario, si alguna vez morimos, es de hartura. No hay cuestión social. Pero como no todos mis distinguidos colegas pueden vivir y desarrollarse en el subsuelo, me apresuro a manifestarles que el ambiente exterior, es decir, el de las calles, es de primera fuerza. La Municipalidad no puede atacarnos por una razón muy sencilla: porque le falta el dinero y *l'argent fait la guerre*; y el dinero falta porque no hay administración, y ésta falta porque sobra otra cosa: la política criolla, y...

-Pido la palabra -dijo el microbio de la bubónica- Soy un recién llegado al país, y por lo tanto ignoro el significado de algunos modismos, así que desearía me fuese explicando el alcance de los términos *política criolla*...

-Podría satisfacerlo el señor representante de la gangrena -dijo el presidente.

-Disculpe el señor presidente: jamás llegué a esas profundidades - contestó el aludido.

-Yo le explicaré eso en antesala -dijo el representante de la putrefacción.

-Se lo agradeceré.

-Continúa con la palabra el representante de escarlatina.

-Las calles allí se limpian a puñetazos, señor presidente, o por obra y gracia de los agentes naturales. Esas calles limpias, señor presidente, me recuerdan los rostros de esos niños aficionados al zapallo asado, quienes en el entusiasmo de la ejecución incrustan sus caritas risueñas en la concavidad dorada del sabroso fruto, y al surgir del tibio escondite, acusan contactos y embadurnamientos.

-¡Qué figura tan suculenta! -dijo el microbio de la indigestión- ¡me han hecho el efecto de un aperital!

-Pero señores -prosiguió el orador- con un solo dato los convenceré: basta saber que el rinde de la cosecha es allí en Córdoba, cerca del 50 por mil. (*Movimientos en la asamblea, cuchicheos y murmullos*). Por lo que veo, mis honorables colegas ponen en duda mi afirmación.

-De ninguna manera -replicó el microbio de la difteria- lo que hay es que los tales informes han entusiasmado a la asamblea entera. ¡El 50 por mil! ¡qué hermosura! ¡Ni en el Asia! Aunque de mi corazón huyó para siempre la alegría, desde que Roux me salió al encuentro con un suero incontestable.

-No se aflija, mi estimado colega -dijo la Escarlatina- operemos juntos, de *mancomum et insolidum*, y algo haremos.

-Mil gracias, pero...

-Voy a molestar al orador con una pregunta -dijo el microbio del tifus, que aunque secretario, por el reglamento podía tomar parte en la discusión.- Desearía saber, y lo mismo todos mis honorables colegas, si en esa ciudad tan magistralmente pintada, no habrá peligro de cloacas. (*Silencio completo en el recinto*).

-La pregunta es realmente muy grave -respondió el orador- pero me atrevo a asegurarnos que no existe tal peligro, pues para que eso suceda, tendría que cometerse un crimen horrible, algo inaudito: figúrense, mis distinguidos colegas, que para poder realizar ese proyecto, dicen que sería menester fusilar sin sumario a un grupo de personas muy pudientes. Pero, señor presidente, esos crímenes ya no se pueden cometer en pueblos cultos como Córdoba.

-En vista de lo declarado por el orador -dijo el microbio de la fiebre gástrica- no dudo que la asamblea sancionará por aclamación nuestro traslado a Córdoba.

Un solo grito se oyó: -¡A Córdoba! -pero en ese momento dos largas sombras cubrieron parte del charco.

-¡Silencio! -dijo el presidente- que se aproximan dos inspectores municipales.

-Este charco huele mal -dijo uno de ellos- mañana mismo es preciso saturarlo de cal viva. ¿Cómo se ha descuidado usted? -y pasaron.

-Ya ven, pues. ¡A desalojar el charco antes que nos ardan! -dijo el presidente a media voz.- Los que quisieran marcharse a Córdoba, desde mañana pueden hacerlo.

El sol se había puesto, convirtiendo al charco en un espejo rosa. Más tarde la luna lo plateó, mientras las ranas elogiaban en coro la pureza y tranquilidad de sus aguas.

Octubre de 1903.

LA COSECHA

La Pampa se encuentra en estado interesante. Su aspecto es de una imponente hermosura. Se aproxima el día de intervenir. Los cirujanos preparan sus instrumentos: al sol brillan los forceps, las cuchillas resplandecen, blanquean los lienzos y los delantales.

La colmena agricultora comienza a alborotarse. La gente se mueve hablando en voz baja; en sus ojos relampaguea la esperanza entre una penumbra de temores. Miran al cielo, interrogan el horizonte, hojean el almanaque, y ya creen oír el sordo bramido de la manga de piedra que se acerca furiosa; ven los granos de hielo atravesar oblicuamente el espacio como flechas blancas; oyen el redoble de mil tambores en los techos de cinc; el rayo apuñala y parte la atmósfera haciendo brillar su hoja luciente entre nubes violáceas; el viento silba y aúlla zamarreando los techos, y cuando consigue filtrarse dentro de la pieza, apaga las luces que las mujeres encendieron a la Madona. ¡Pero si no hay tal tormenta! El día está sereno, y allí abajo, en la tierra, el oleaje suave y ondulante de los trigales sin fin, juega con los rayos del sol y con la imaginación calenturienta del colono.

Mañana al amanecer, sin dianas ni campanas, comenzarán a funcionar las segadoras.

La máquina atadora, despreciada injustamente, marcha paso a paso sin perder una espiga. Hace su atado con prolijidad, como quien maneja lo suyo; echa un nudo rosa con sus dedos de acero, y acuesta en el suelo a la dorada gavilla, como a un niño rubio que en sus brazos se hubiese dormido. La espigadora es más rápida, pero desprolija y chabacana. Corta la espiga, y por el plano inclinado de la blanca lona giratoria, arroja hacia arriba una cascada de borlas doradas, llenando así muy pronto los carros que en forma de grandes canastos marchan a su lado. Con frecuencia el viento le arrebató puñados, pero la máquina corta muchas cuerdas por día, y eso es lo que quiere el colono.

Muy pronto la Pampa resulta afeitada, o mejor dicho, con una barba de ocho días, y cubierta de promontorios: están hechas las parvas. Se concluyó la siega. Ahora, una pequeña tregua para el colono, y vengan, mientras tanto, los tallarines, mucho vino tinto, grapa, manojos de cigarros de *la paca*, acordeón, cantos en coro, idas y venidas a la villa sin motivo plausible... y apunte *tutto in la libreta*.

Llega el segundo acto. La trilladora se aproxima a las parvas y comienza a devorarlas, gruñendo y sacudiéndose toda entera como un monstruo hambriento. Nada le satisface, aunque sin cesar las horquillas se disputan el honor de llenarle la boca. El embocador arregla el trozo para evitar que se ahogue el monstruo, pero si esto sucede, apenas bajará un medio tono su lúgubre gruñido. Y pide más y más, porque traga sin pestañar. Deglute pero no mastica, pues arroja torrentes de trigo por pequeñas bocas, de las que cuelgan bolsas a guisa de servilletas. Estas se inflan y endurecen con rapidez, acabando por pararse solas: buen síntoma. La gente suda a chorros. Hay espaldas y espinazos que parecen pequeños arroyos; pechos velludos como pastizales mojados por el rocío, rostros congestionados, caras patibularias; movimiento continuo, bufidos, suspiros y desfallecimientos, que pasan arrollados por un trago de caña terciada.

Por fin suena el ansiado silbato; chillan las válvulas de escape y todas las horquillas caen a un tiempo. Los ritmos acompasados de la trilladora y del motor van *rallentando* armoniosamente hasta llegar al lentísimo, al morendo, a la inmovilidad absoluta. En los primeros instantes se experimenta cierta sensación de vacío. ¿Así será la muerte?

-¡Al mate cucido! -grita el cocinero, blandiendo un enorme cucharón; y al destapar el gran tacho en el que hierve la infusión, una nube de vapor sube y se expande envolviéndolo de pies a cabeza. Al mismo tiempo un grupo de hombres empolvados y sudorosos, se aproxima y rodea el tacho, alargando a cual más sus brazos.

-¡Eche más hóu!

- ¡Pucha con la yerba fiera!
-¡Ya se me quebra el brazo!
-¡Llene de una vez, don Pietro!
-¡Ma non poso a tuti cunto, per Dio! -grita el cocinero.
-¡Qué tuti cunto ni tuti cunto! ¡vamos a ver, llená el plato, Italia!

Y todos se van retirando, en una mano el plato de agua verde, humeante, y en la otra, un puñado de galletas oprimido contra el pecho. Se instalan en cualquier parte: sobre las bolsas de trigo, en el suelo, en la casilla, y todos trituran las galletas en grandes trozos con los que llenan el plato hasta colmarlo.

Tragan con avidez, casi sin masticar, ahogándose, y de los rostros húmedos, como de los techos que se llueven, caen al plato gotas cristalinas, aumentando así su caudal líquido y su sabor. Algunos se dan el lujo de aproximarse a la *casilla* y hacer cualquier gasto por su cuenta. El casillero suele ser un judío, bolichero de villa, que al llegar el tiempo de la cosecha, se instala en su casilla -especie de vagón montado sobre cuatro ruedas- y sigue a las trilladoras por esos campos de Dios, explotando el hambre, la sed y el buen humor de las cuadrillas de trabajadores. La casilla es su campo de operaciones. Se refugia en ella como un bandido en una encrucijada. Maneja admirablemente su libreta roñosa, como el otro su tabuco: no cobra al contado: *tuto al fiato*. Es muy generoso... al servir caña terciada. Se instala al mismo lado de las máquinas, resultando así una perpetua tentación para los peones.

A la hora crítica en que el trabajo aprieta y los estómagos languidecen, el casillero sale de su cueva con una caja de mortadela en la mano; elige un punto estratégico, abre su caja, y principia a engullirse las placas de carne cruda, levantando el brazo a gran altura y dejándolas caer en su enorme boca abierta hacia el cenit, por donde desaparecen como rojos pañuelos en un bolsillo sin fondo. Los peones miran de soslayo, y la saliva acude a la boca: el estómago se retuerce, los dientes crujen. Algunos no resisten más: clavan la horquilla en la

parva y se dirigen a la casilla a hacerse abrir una caja de mortadela, por su cuenta. ¡Ah! el casillero es un gran propagandista por el ejemplo. Es verdad que gasta una caja de conserva, tragándola quizás sin ganas (aunque a un animal nunca le faltan), pero esa caja es una especie de imán que arrastra en pos de sí una docena de sus hermanas, muy bien apuntadas en la libreta. En cuanto al pago, no hay peligro, pues el casillero es socio del dueño de la trilladora y éste no se olvidará de efectuar el descuento en el momento oportuno.

Al ir concluyéndose la trilla, se ven llegar sulkys de todas direcciones: son los procuradores que vienen a embargar el trigo. Esta gente se caracteriza por su admirable franqueza. Llegan y proceden con tal desenvoltura y desfachatez, que parecen los verdaderos dueños del trigo. Hablan a gritos, dan órdenes y contraórdenes terminantes, invocan a cada instante el nombre del juez de paz, del jefe político, del gobernador y hasta del obispo. Desde ese momento el colono es un pollo mojado. No chista y entrega todo, lo propio y lo ajeno, al señor *procuratore*. Si le sobra algo, o en fin, si no ha tenido que ver con procuradores, acarrea su trigo a la estación.

El ferrocarril principia declarando que no tiene vagones disponibles; que tampoco tiene galpones ni lonas para resguardar el cereal.

-Mi no responde di perjuicio: descargar, si quiere -dice el inglés con toda amabilidad. El colono se toma la cabeza con ambas manos, refunfuña entre dientes unas cuantas madonas y corpos di baco. . . pero descarga.

Cuando después de un tiempo, vuelva a la estación a dar un vistazo a su trigo, allí lo encontrará sin duda; pero la pila de bolsas habrá cambiado de fisonomía: se ha convertido en una verde montaña, brillante y risueña. Es que el cereal aburrido quizás o mal aconsejado por la lluvia y el sol, resolvió brotar en las bolsas.

A todo esto, el Ministerio de Obras Públicas y la Dirección Nacional de Ferrocarriles, “se encuentran gozando de perfecta salud”.

Diciembre de 1.903.

DIVAGACIONES DE UN ZAPATERO

Cualquiera diría que alguien nos protege fraudulentamente; sí, fraudulentamente; y hasta se podría pensar que existe cierta combinación, por lo menos tácita, entre la Municipalidad y nosotros los artistas de la suela y del becerro, para explotar el humilde bolsillo de los pacíficos habitantes de esta pedregosa ciudad, ciertamente demasiado pedregosa, bárbaramente áspera, para bien nuestro y mal del prójimo.

Pero, juro por lo más caro de esta atortillante vida que llevo, no ser verdad lo que el malicioso público supone. Puedo asegurar que los señores concejales e intendentes jamás se acordaron de nosotros, ni mucho menos de las calles y aceras, piedras de toque de estas cavilaciones mías.

Así iba diciendo nuestro viejito zapatero, mientras se instalaba en su honda silla de suela, abollada y lustrosa como una antigua paila de cobre, gracias a un caldeado resfregoteo de cuarenta años largos; y al irse doblando para quedar convertido en el invariable número cuatro de toda su vida, sus coyunturas, secas como bizcocho, ávidas de jugo sinovial, castañeteaban por turno, así como suenan los goznes de las grandes puertas de los templos, cuando la mano descolorida del mal dormido sacristán las empuja perezosamente a la hora en que la luz del alba comienza a tragarse las estrellas, y las beatas a dejar la cama para chancletear en ayunas las desoladas calles de la ciudad dormida, a la “pesca” de una primera misa o de un chisme matutino.

¡Qué linda hora es esa del alba! Un momento antes, la ciudad parece un cementerio. El profundo silencio y la completa tranquilidad de todas las cosas lo penetra a uno hasta los huesos, produciendo cierta sensación muy singular. De tarde en tarde llega débilmente a nuestro oído el llanto quejumbroso de algún perro solitario, corista retardado de la gran comparsa nocturna, que allá, en los miserables arrabales de

la ciudad, entonó durante toda la noche, a la luz de las estrellas, el canto desconcertante del hambre, del frío y de la miseria, que no tan sólo aflige a ellos, sino también a sus mismos dueños.

Después, como obedeciendo a una señal por telégrafo sin hilo, comienza el coro de los gallos, grave y triste cantata, monótona y “sugeridora” como el canto llano de la iglesia cristiana, esa imponente melodía, recta, inflexible, sin ondulaciones, como una pirámide de granito, evocadora de ideas un tanto lúgubres, pero siempre grandiosas. ¡Cuántas cosas no dicen los gallos a esa hora!

Pero, mientras se está en la duda de si es el alba o la media noche la que se tiene por delante, he aquí que suena una campana, al principio con cierta discreción, como si temiera incomodar; mas, no se vaya a creer que tal recato obedece a ningún sentimiento benévolo: eso es debido únicamente a que el sacristán se encuentra aún medio dormido, y los primeros tirones dados a la cuerda resultan *fallutos*; pero en seguida se le asienta el pulso, y el duro badajo toma la palabra a una hora bastante intempestiva sin duda. Después suenan dos, cuatro, ocho campanas... pero, no sigo adelante sobre los rieles de esta progresión geométrica, porque, hablando la verdad, no estoy bien seguro del número fijo de iglesias con que contamos actualmente. Sé, sin embargo, que tenemos algunas nuevas, y otras en construcción, pero por lo pronto, sus torres están mudas, lo cual no digo que sea una suerte -¡Dios me libre!- aunque muy bien pudiera resultar conveniente para los que no concilian el sueño con facilidad, para los enfermos, o para tanta otra gente mal dormida. También sé que faltan, hospitaes (no tenemos más que uno del tiempo del virrey) ; sé, asimismo, que mucha gente bosteza y se rasca de hambre... pero esto no tiene que ver nada con las campanas ni menos con el lujo de los templos.

Cuando repican el alba -lo que acontece con frecuencia- entusiasmo realmente. Los múltiples y alegres sonos de las campanas surgen de las torres y se desbordan chapaleando el aire fresco y puro de la mañana, con la bulliciosa alegría de niños descalzos en día de lluvia.

Con sus voces insistentes llaman a los fieles y recuerdan inútilmente a los infieles. El enfermo, el mal dormido, el sano como el achacoso, el turco como el judío, todos deben saber, todos están obligados a saber que a esa hora hay campanas y que suenan admirablemente. Es esta una hora forzosa y a la vez muy contundente, demasiado contundente. En seguida comienza a oírse el ruido discreto de las puertas de calle al ser abiertas y vueltas a cerrar por la mano suave de la beata que se pone en marcha siempre a hora fija, porque toda beata es un cronómetro, algo anticuado es verdad, pero un cronómetro, digan lo que quieran los señores relojeros. Su organismo está suavizado, depurado, sublimado por el ayuno, por las vigiliass y por las abstinencias: de ahí que sus sentidos superan en precisión y delicadeza a los mejores instrumentos. En una palabra: su *ecuación personal* es mínima.

La beata anda y se desliza con la suavidad de un gato de botica; ve en las tinieblas, y si no ve, adivina; escucha un secreto no obstante la pared de cal y canto; se filtra por la menor rendija, no digo por el ojo de la llave, y así queda enterada de todo lo que pasa o hubo de pasar. Y cuando concluido el día, después de recorrer iglesias, tiendas, boliches y casas de familias; chismografiar con la vecina, acomodar el loro y dar un vistazo al cuarto de las chinitas, se mete en cama en gracia de la Virgen y del confesor, percibe con toda nitidez el menudo trote de la pulga cebada, que al considerarla ya dormida, inicia el ataque a la bayoneta, avanzando cautelosamente por entre las sábanas, desde los pies con rumbo al norte. Y no solamente advierte su marcha silenciosa a través de ese oscuro desierto, sino que la captura al tanteo en plenas tinieblas, convirtiéndola en un pequeño cohete en menos tiempo que se estornuda. Ahora, en cuanto a sus condiciones cronométricas, basta saber que si el sacristán, por cualquier razón, se retardó en el llamado a la misa de alba, cuando abre las puertas del templo, se encuentra con todas sus clientas matutinas agrupadas en las gradas, y no siempre recibe en tales casos unos “buenos días” muy cordiales;

al contrario, una lluvia de miradas oblicuas y perforantes cae sobre el estoico sacristán, cual sondas exploradoras en un abismo sin fondo.

Cierto murmullo imposible de describir, porque se trata del conjunto desordenado de todos los primeros ruidos de una población que despierta y despereza lentamente, principia a vagar y crecer poco a poco, hasta que el silbato de las máquinas trabajadoras, de los talleres a vapor, y el lejano rodar de los carros sobre la piedra bola, anuncian un día más, el cual resulta tan aburridor como los anteriores.

¡Pero, qué barbaridad, dónde he venido yo a parar! Pretendí hablar de las aceras y me encuentro enredado con mis simpáticas beatas en un lazo casi indisoluble. Y debo declarar que de ninguna manera quisiera disgustarlas, porque eso sería malquistarse con la rama más interesante de nuestra sociedad, con la característica de nuestro pueblo, con lo que ha dado hasta hoy su nota simpática, en una palabra: con su tradición. Y a propósito. En vista de los vientos que soplan, se dice que los pueblos deben conservar sus tradiciones como oro en paño, si es que no quieren perder su individualidad, su sello propio. Sin embargo, para esto existe un gravísimo inconveniente, según parece, y es el progreso mismo, o sea el cambio, hablando en términos generales, ese gran batidor que todo lo revuelve y transforma sin cesar. Porque tradición implica inmutabilidad, reposo absoluto, cristalización, y ¿cómo harían los pueblos para progresar, esto es, para cambiar -lo que es fatal- sin que cambie también su horizonte? Es una lástima realmente -dijo el viejito rascándose una oreja con la uña encanutada del dedo meñique- es una lástima encontrarse embarcado en este gran pericón que baila la humanidad sobre el planeta .

Bueno... pero, ¿cómo quedar mal con mis pobres beatas, si ellas forman más de la mitad de mi clientela? Es cierto que son algo incómodas, largueras, repetidoras, regateadoras; es verdad también que nunca se dejan tomar la medida directamente, por razones de pudor, así que todo es menester hacerlo al tanteo, lo que da lugar a graves errores de confección. Pero vamos a ver, ¿cual era mi tema? ¡Ah, sí!

Pues, nosotros, los zapateros de Córdoba, no tenemos la culpa de que sus habitantes gasten tres veces más en botines que los de Buenos Aires. Si el calzado se hace añicos en un verbo, ahí están las aceras que os sabrán responder. Sí, las aceras, esos serruchos de piedra, esas trampas de dientes, sacatacos de raíz, poderosas limas capaces de gastarles los talones al mismo diablo, si es que este distinguido personaje no hiciera uso de sus alas cuando a recorrer se atreve nuestras suavísimas calles.

Naturalmente, nosotros no tenemos la culpa de que una linda muchacha, por más recatada que sea, resulte con una pierna al aire en plena calle, dando voces de auxilio porque una mano invisible le arrancó de súbito el pequeño zapato Luis XV, asiéndoselo de su taco enorme como espolón de acorazado. Es verdad que dichos tacos son capaces de tentar al agujero más humilde.

A todo esto, el viejito hacía repiquetear su martillo, chato y lustroso como talón de negro, sobre una horma carcomida y rasgeteada, la que a pesar de sus años, daba cuerpo, valor y resistencia a un futuro botín que aún se encontraba en paños menores.

¡Quién podría imaginar que en esta docta y culta ciudad mediterránea, foco de luz, etc., suceden estas cosas y otras peores!

Quién creará en la acción municipal cuando palpe (con los pies) ¡oh, dolor! ¡las flamantes aceras con que actualmente se engalanan las mejores avenidas y calles de nuestro pueblo! De las antiguas no quiero acordarme, porque han sido mis cómplices, y si hoy ya no perjudican más que con sus huecos, es porque de viejas perdieron los dientes. ¡Quién puede tener fe en esa misma acción municipal, cuando por la noche ¡oh, ardor! vea andar a la gente, triste, cabizbaja, buscando la sombra como agobiada por un crimen común, porque así pone en salvo sus ojos de los feroces dardos que a grandes manojos arroja el arco voltaico del alumbrado público, gracias a que sus bombas protectoras (sic) son transparentes y no traslúcidas o de porcelana, como lo ordena la higiene más rudimentaria! ¡Quién puede pensar que aquí

la gente conserve íntegros sus tímpanos y su sistema nervioso, cuando escuche ¡oh, imbecilidad! el infernal bombardeo con que se le tiene en perpetuo sobresalto desde que amanece hasta media noche! Porque es bueno saber que aquí, cualquier botarate, no digo las personas de levita, por el motivo más fútil, tiene derecho a atronar los aires con bombas de dos kilos. Por eso es que en Córdoba todo se anuncia piro-técnicamente, estruendosamente, desde alguna lujosa función de iglesia costeadas por particulares devotos, hasta las píldoras del Dr. X., inmejorables para hacer volver los colores al rostro de toda persona que los hubiese perdido juntamente con la vergüenza. Estoy por tentar fortuna pidiendo una remesa de esas píldoras.

¡Quién puede pensar!. . .

-Ya está el almuerzo, tática -dijo una voz cristalina, y por entre las hojas de parra que guarnecen la ventana del pequeño taller, asomó una carita fresca, rosada y suave como un damasco fragante.

-Ya me lo anunciaba el estómago, *mijita* -dijo el viejo zapatero, arrojando horma y martillo al canasto de composturas.

Marzo de 1904.

COSAS VISTAS

El invierno acaba de asomar su erizada cabeza por la gran ventana del Sud, relampagueándole los dientes y los ojos. Es que el sol, esa enorme cuenta de oro ensartada en la eclíptica, va corriéndose cada día más al Norte, como si desde allí alguien inclinara el hilo.

Los árboles se desnudan y la gente se abriga; los días se encogen y las noches se estiran. El aire es más penetrante y puro, podría decirse, más compacto; las sierras vuélvense más azules y se acercan. El humo de los hornos de cal, escapando por la boca estrecha de las gigantescas chimeneas, semeja blancos o plomizos taladros trepanando el cielo azul.

Las campanas, las alegres, tristes y solemnes campanas, esa pacífica artillería mística que cuando mas podría llegar a reventar los tímpanos dejándonos sordos en gracia de Dios, suenan maravillosamente en esta época, por varias razones: por el estado de la atmósfera, porque es el tiempo de las novenas, y porque los artistas del badajo aprovechan la oportunidad para calentar el cuerpo haciendo al mismo tiempo obra de salvación. Es verdad que a las campanas se les puede hacer decir muchísimas cosas, pero prescindiendo de esa ilusión *ad libitum* a que todos tenemos derecho, casi podría asegurar que en ciertos repiques vespertinos, se trasluce claramente el alegre ritmo de un gato punteado con relación, y esto me trae a la memoria aquellos versos de Soto y Calvo:

“Currún... currún... currúnco;
Curruncuncúnco,
ya están bailando,
¡Caballeros, silencio!
Que se oiga el gato”

Y es claro, los campaneros son criollos, y la cabra tira al monte.

En las noches de invierno la bóveda celeste es más negra y tersa. Las estrellas, esas tímidas niñas del cielo, saben muy bien que en este tiempo nadie las mira, pues la gente se ocupa de ellas solamente en el verano, al levantar la cabeza y dar un resoplido en busca de aire fresco. Aprovechan entonces la falta de público, en silenciosa alegría, se dan un baño en la gran pileta diáfana del firmamento. Cuando están cerca de los bordes, al entrar o salir, tiemblan de tal suerte, que por momentos se espera verlas gotear fuego. Otras veces la luna, desamparada en medio del cielo helado y terso, parece un cisne extraviado en un mar sin límites. ¡Qué de nostalgias no sufrirá la pobre en esas soledades de Dios! ¡Ni siquiera una nube que se le atravesase en el camino! Cuando más, alguna lechuza, de puro aburrída quizá, abandona la tapia del blanco cementerio del campo, y se pone a bailar en los aires por sobre el almacigo de cruces, mirando al astro pálido con sus ojos de ámbar, mientras bate las alas en movimiento de trémolo, sin desviarse un punto, como si estuviese suspendida en el espacio. Mas al final se fatiga, y dando una silenciosa voltereta, déjase caer con las patas estiradas sobre la cruz más alta y negra del camposanto, para desde allí, toda esponjada dejar sentir su grito lúgubre: *tráís tabaco! tráís tabaco! tráís tabaco!*

Pero a la Luna, ese blanco fantasma del cielo, no la asustan las lechuzas por más que bailen sobre los cementerios.

Ella teme especialmente a las nubes: no puede soportar que le tapen la cara. Pero eso sucede en el verano especialmente. Entonces es de verla combatir.

El cielo está despejado y el astro comienza a remontarse con toda la inocencia de una niña que fuera a hacer su primera comunión. De pronto, en un rincón del firmamento, se ve asomar una nubecita blanca, encrespada; más atrás viene otra, y al poco rato, una parte del cielo queda como salpicada de espuma. Son las primeras avanzadas, los *cirrus*, las nubes más altas, navegando a ocho y diez mil metros de

elevación, donde la temperatura es de 50° bajo cero en todo tiempo. Después de ejecutar algunas rápidas evoluciones por orden disperso, la inquieta flotilla dirige proa a la Luna. El astro sigue avanzando lentamente; cuando el enemigo se encuentra a tiro, le dirige su reflector: entonces, en el fondo azul del cielo se ven brillar las pequeñas corazas de plata. Cada vez lucen más porque se aproximan; la velocidad angular aumenta; el encuentro es inminente. ¡Llegaron! Al chocar, la pequeña nube se inflama de súbito como un capullo de algodón que ardiera; la Luna, en cambio, palidece un instante, al rasgarla con su disco filoso. Pero no bien vuelve a brillar, cuando es embestida de nuevo por otra, y otra más, percibiéndose un continuo parpadeo. Mas al fin triunfa el astro. Pasaron. La Luna está al otro lado, sola, inmóvil y sin el menor rasguño. Con esa plácida indiferencia que la caracteriza, contempla en medio de un silencio colosal, el desbande apresurado de la blanca flotilla.

Pero detrás de los cirrus, aunque mucho más abajo, habían venido los *cúmulos*, esos enormes promontorios de nácar o espuma de mar, de suaves y mórbidos contornos, en donde la línea curva se solaza a sus anchas, compuestos de mil figuras raras, imposibles, en continua transformación y movimiento: dragones, elefantes, briosos caballos, rocinantes filósofos; buques, tabernáculos, mujeres vestidas y desnudas, niños, ángeles, emperadores en sus tronos, obispos con grandes mitras, pájaros fantásticos, esfinges mudas -como debe ser toda esfinge si quiere infundir respeto- y muchas otras cosas sin nombre hasta la fecha.

La nube avanza hacia la luna con lentitud, como perdonándole la vida. De vez en cuando, un ligero estremecimiento agita toda su masa, tiñéndola de un rosa pálido, y todo lo que va dentro, inclusive los animales, se ruboriza. La Luna, con su cara de chino rapado, mira de reojo a la nube que se le aproxima, y si no se sonríe, es de pura pereza. Por fin, cuando ya la tiene al lado, se le incrusta de un topetón. Gran sorpresa en los habitantes de la nube. El primer animal que se le in-

terpone a la intrusa, es partido por el eje sin inconveniente alguno. Mientras tanto los torneados bordes de la nube comienzan a brillar esplendorosamente.

Poco a poco toda la masa va iluminándose conforme el astro opera en sus entrañas. Paulatinamente se transforma en una montaña de ópalo, de jaspe, de alabastro, o en un gran castillo fantástico de las tres mil y una noche; en una catedral, en un bosque de plata, en fin, en una mansión wagneriana, aunque falte la música describiendo lo que muy pocos entenderían. Por último la Luna, después de hurguetear a su gusto dentro de la nube, espantando caballos, partiendo buques, acariciando niños y mujeres y poniéndose la mitra de algún obispo distraído, abre un boquete en cualquier punto de la masa vaporosa, y surge al cielo limpio, ansiosa de respirar aire puro. Gracias a Dios, no hay más enemigos. Entonces detiéndose un rato sobre el cenit, y después comienza a descender hacía el occidente. Al aproximarse al horizonte con la cara descolorida y demacrada por la mala noche, salen a encontrarla sus amigas protectoras, los *estratus*, esas nubes largas, angostas y filosas como astillas. Han sabido que la blanca viuda ha sido asaltada y estropeada esa noche por sus colegas, y acuden entonces a efectuarle la primera cura... y el astro se hunde, haciéndose el enfermo con el rostro cubierto de vendas.

Septiembre de 1.905.

CONSEJOS PATERNALES

Querido hijo:

Aunque podría costear tus estudios sin sacrificio alguno, bueno es, sin embargo, en ciertos casos, galoparle al costado a la moda, y con mayor razón cuando se trata de una moda altamente moral y económica, como es la de vivir del presupuesto.

Así que, en cuanto llegues a la ciudad y te matricules en Derecho, lo primero que debes hacer es largarte a buscar un empleo en cualquier oficina pública, pero con tanto afán y empeño como el que siempre pusiste cuando en tus primeros años, tratabas de dar con la majada extraviada en el monte, después de una gran tormenta.

Entre nosotros, eso de que el estudiante debe ser empleado público, es un axioma, y hasta soy de parecer que todo padre de familia medianamente sensato, debiera exigir a sus hijos esta condición indispensable, ya se trate de un padre millonario, sencillamente rico, o de un pobre de verdad.

Es cierto que los hijos de los primeros son los que mas pronto consiguen bañarse en las saludables aguas del presupuesto, pero esto no implica en ellos ninguna superioridad en sus aptitudes natatorias, sino simplemente mayor facilidad para acaparar tarjetas de recomendación, las que, si no son buenas para nadar, resultan excelentes para pescar. Ya sabes que en nuestro país todo favor oficial se atrapa con esos anzuelos de cartulina, reforzados con rogativas a viva voz; todo se pesca así, desde las concesiones milodónicas hasta las porterías de los juzgados, inclusive, muchas veces, las mitras de obispos. Hay otro sistema que podríamos llamar por tabla, pero es algo complicado, y más que todo, se requiere un *toupet* especialísimo, digno de sincero aplauso.

Ahora es necesario conocer las principales fuentes receptoras y emisoras de estos instrumentos de gancho: dirígete a los senadores y

diputados nacionales y habrás dado con ellas. Dichos señores te arrojarán con el anzuelo a las agitadas y turbias aguas de los ministerios nacionales, a las pacíficas represas de los gobiernos de provincias, a los pastosos bañados de las municipalidades, y alguna vez -pero eso es difícil- podrías caer también en el origen de todas las aguas superiores e inferiores, en el lago cristalino y puro de la presidencia, situado en las altas y nevadas cumbres.

Cuando te presentes ante un senador o diputado a solicitar o entregar una tarjeta de recomendación, debes hacer alusión, entre otras cosas, a su gran influencia en las altas esferas de la política; fíjate bien y no olvides eso de las “altas esferas”, porque es una frase de gran transcendencia. Y es claro, porque un hombre que se encuentra en las altas esferas de cualquier cosa, es magnánimo, pues no tiene más que largar de arriba y la cosa cae por su propio peso, recorriendo, en el primer segundo, 4,90 metros, de conformidad con la ley física que tú conoces. Debes mencionar también su último proyecto presentado a las cámaras, y si no hubiese presentado ninguno hasta ese momento, reconocerás el gran valor de sus opiniones en las discusiones de antesalas. El representante del pueblo replicará a tus palabras con cierto aire de hombre fatigado, casi de neurasténico, pero íntimamente complacido, diciendo que es menester sacrificarse por el país, a lo que tú contestarás, profundamente conmovido, que eso es verdad, pero que no todos lo hacen.

Mas, así como una golondrina no hace verano, tampoco un solo empleo hace un empleado: con menos de cuatro no debes conformarte. Desde el momento en que hayas conseguido ese pequeño lote de puestos públicos, eres casi un hombre político, porque el escalón primero y último de nuestra vida política es un empleo; hasta que, por fin, le llega a uno la hora de ser conducido al cementerio, más, no así en seco, como un cualquiera, sino al solemne compás de la marcha fúnebre de Thalber, o de Chopin, discretamente ejecutada por la banda de música pagada por el Estado; lo cual es un honor y a la vez un con-

suelo para tu familia. En seguida se te hacen los funerales, por cuenta también del Estado, y después llega la pensión para acabar de consolar a tu familia. Es decir, que el Estado, o si tú quieres, la política, te habrá costado desde los primeros estudios hasta el entierro, ítem más del consuelo para la familia. Por tanto, cuando en la Facultad se te pidiera una definición de la ciencia política, dirás que, al menos para nosotros, es el arte de vivir y morir flotando boca arriba sobre las fortificantes aguas del presupuesto.

También podrías decir, aunque no me gusta tanto esta definición, que es el arte de cazar puesto sin meter ruido; y digo que no me gusta esa definición, porque el buen cazador con frecuencia tiene que agazaparse, y muchas veces hasta arrastrarse, para conseguir la pieza, y eso sería demasiado; aunque, por otra parte, sea un ejercicio altamente saludable para la espina dorsal.

Bueno, pues; mientras te recibes de doctor, debes tratar de introducirte en la sociedad, para lo cual te servirán tus condiscípulos y amigos. La sociedad es bastante exigente y delicada... hasta cierto punto. En primer lugar, es menester pasar por un joven de fortuna, o al menos por un mozo *bien*, de porvenir. Conviene, además, demostrar muy buen gusto en el vestir: te recomiendo especial cuidado en la elección de la corbata; esa prenda suele ser el escollo de la gente ordinaria; por ella han fracasado más de un intruso. No se te vaya a ocurrir, por ejemplo, presentarte en un salón, de levita negra, corbata amarilla, sombrero café y botín claro, porque “morirás sin ser llorado, cual un lobo en el desierto”. Un bigote cultivado con esmero es otro factor no despreciable; por lo tanto, todas las noches, al meterte en cama y apagar la luz, debes encontrarte correctamente embozalado con la bigotera de última moda. Pero aun hay algo más importante que todo eso.

Cuídate mucho de no tener ideas propias, y muchísimo más de emitirlas si las tuvieses. Trata, eso sí, de hablar bastante y en forma agradable, pero sin comprometerte en nada absolutamente, sin decir

absolutamente nada, porque la menor idea o parecer que emitas, si no tiene la estructura de un zapallo, o por lo menos la de cualquiera otra fruta conocida, serán considerados sospechosos, y más de un infalible se te vendría encima crugiéndole los ejes; después llegaría la comarsa de fantoches, espada en mano (de lata, por supuesto), vociferando y accionando cual falsos arcángeles de las venganzas finales. Es verdad que en esos entreveros los fantoches casi siempre se pisan la piolita ¡y así son los enredos! En fin, tus palabras deben ser como un puñado de vistosos insectos, revoloteando por sobre todos los prejuicios y cristalizaciones mentales. Si en un salón se hablara, por ejemplo de que un grupo de señoras, señoritas y caballeros, ha iniciado cierta suscripción para mandar construir una lámpara votiva, de oro, plata y piedras preciosas, destinada a un templo de Jerusalén, inmediatamente debes ponerte de pie, y con la mayor elegancia posible deslizarás de tu perfumado portamoneda el billete más nuevo y ruidoso que contenga (aunque no el de más valor), y se lo entregarás a la niña más bonita de la Comisión. Pero guárdate muy bien de observar, ni siquiera para tu obscuro fuero interno, que al lado de tu casa, algo más cerca de nosotros que Jerusalén, hay gente que necesita luz y lumbre en sus miserables habitaciones, y aun mucho más luz en sus anémicos cerebros.

Mientras tanto, puedes cultivar tus gustos literarios escribiendo en diarios y revistas, pero siempre sin comprometer opinión en ningún orden de ideas: debes proceder como esos lindos muñecos automáticos de doble cara, que gesticulan, accionan y saludan a los cuatro vientos, pero sin desplegar los labios. A este importante resorte oculto que mueve el muñeco, podríamos llamarle, en mecánica social, el *deprimidor*. No me preguntes de dónde adquirió el resorte la fuerza potencial de que está armado, pues peor sería tocarlo.

Pero sigamos. Al colega que te hiciese competencia en las letras, debes elogiarle todas sus producciones que a ti íntimamente te parezcan malas, y guardar completo silencio respecto a las buenas; mas si te

avergüenzas de quedarte callado, puedes decirle que has leído su trabajo, pero que desearías ver algo más intenso, más vigoroso, de mayor empuje, algo, en fin, que estuviera a la altura de su talento indiscutible. Con ese aplauso de valor negativo, consigues dos cosas: quedas bien con él, y al mismo tiempo lo desorientas, lo desanimas, dejándolo fluctuante respecto al rumbo que debe seguir, porque solamente los tontos están seguros de todo lo que hacen o proyectan.

Concluidos tus estudios universitarios, pondrás especial cuidado en la elección del tema de tu tesis, porque al desarrollarlo es menester conciliar los gustos, opiniones, creencias, prejuicios y absurdos, de todos tus profesores juntos, y hasta los del señor rector, para más tranquilidad y satisfacción tuyas. Si quieres que tu tesis sea aplaudida verdaderamente, es indispensable que en ella figure un párrafo enérgico y bien declamado anatematizando la ciencia moderna con sus falsos mirajes, sus doctrinas funestas, sus gérmenes corruptores, etc., etc.; dicho todo con verdadera indignación y con un desprecio incommensurable. Después para concluir esa tirada de cajón o encajonada, la expresión de tu rostro debe cambiar súbitamente, convirtiéndose en un terrón de azúcar húmedo, y así, casi derretido, le darás tu adiós a la casa, recordando su sombra protectora, tu amamantamiento, etc., etc., y jurando que a ella le bastan sus luces del pasado y sus glorias del mismo origen. En fin, después de colocar tu diploma de doctor en un vistoso marco adquirido en cualquier pinturería, te dedicarás con brío a las nobles luchas del foro; aunque, según dicen, en todo el mundo esas luchas van perdiendo su nobleza, pero en cambio ganan en viveza, lo que prueba aquella otra ley de la dinámica, referente a la transformación de la energía.

En la práctica, preferirás especialmente los pleitos de esas viudas campesinas acaudaladas, las que, al hablar con el “doutor en leyes”, se pulen tanto en la dicción, que resulta un verdadero chisporroteo de preciosos disparates.

También suelen ser muy lucrativos los asuntos de ciertos hombres de campo, pitadores en chala -tabaco cosechado en la casa- y por lo general grandes tacaños, los que al morir, dan un golpe de mano al Purgatorio, tapándole la boca con toda su fortuna para sufragios de su alma; lo que, por otra parte, prueba la exactitud de aquel refrán antiguo: “para el fuego no hay viejo lerdo”. Si consigues hacerte querer por esa gente sencilla, si les infundes confianza, serás su espíritu protector, su hado benéfico. Concluirán por decirte: “Vea, mi doctor, no me pregunte nada, para eso ha estudiado usted; diga dónde quiere que firme, y se acabó”. Y se acabará, no te quepa la menor duda. Feliz del difunto si su alma alcanza a disfrutar de los saludables beneficios de las misas de San Gregorio, con las que soñó en sus últimos días, por ser las más caras.

Pero la aspiración fundamental, el rumbo definitivo, la tierra prometida para todo joven en nuestro país, debe ser y es la política. En ella descubrirás con poco trabajo la piedra filosofal práctica, algo mucho más importante que aquella otra famosa piedra teórica con tanto afán rastreada por los graves alquimistas medievales en el fondo de sus matraces y retortas. Sin embargo, podrías replicarme que si esos señores alquimistas de lengua barba y melena enacitada no dieron nunca con la dichosa piedra, en cambio, a fuerza de mezclar y revolver toda clase de inmundicias, descubrieron cosas mucho más interesantes.

Pero dejemos la filosofía a un lado y vamos a cuentas. Para incorporarte a la política activa, principiarás por introducirte de cualquier manera en los recibos del señor Gobernador, lo cual no presenta mayor dificultad. Pero, una vez dentro, es menester andar despacio, porque hay piedras.

Las primeras noches casi no debes desplegar tus labios, sino sonreír discretamente y mostrar los dientes a todo el que hablare en la rueda; pero, cuando éste fuese Su Excelencia, entonces es preciso entusiasmarse de veras, y hasta podrías llegar a darte una ligera pal-

mada en el muslo, significando así tu sincera admiración por la profundidad del concepto o el donaire de la frase del señor Gobernador. Pero, te lo repito: no hables, porque, debido a la tensión nerviosa en que te hallas, podrías disparatar.

Poco a poco te irás haciendo al piso, y no estará lejano el día en que, al encontrarte con Su Excelencia, por más gris que sea su traje, puedas percibirle sobre el hombro alguna pelusita, haciéndosela desaparecer de un leve tincazo o un soplido recio, seguido de cualquier frase amable.

Con todo esto, el procedimiento de las tarjetas y las rogativas a la Virgen del Milagro, puedes llegar fácilmente hasta las cámaras provinciales; y esa será la base de tus futuras operaciones y de tus ascensos; el diapasón que dará el tono de las condiciones del muchacho, como dirían tus superiores. Y ya que accidentalmente hemos rozado la música, debo advertirte que en el gran concierto vocal de la política, no se permite cantar sino en coro, al unísono y en llave de *fa*; es decir, en una tonalidad relativamente baja, puesto que el límite superior de la escala para las voces que usan esa llave, se encuentra en el registro del barítono, y al fin un barítono no levanta muy alto la voz.

Es medida prudente consultar la opinión del señor Gobernador respecto a todo asunto que fuere presentado a las cámaras. Y si alguna vez las cosas apuran, y tu conciencia, un tanto sorprendida, se te quisiera echar atrás, no hay más remedio que cerrarle las espuelas, y una vez al otro lado, al fundar tu voto (caso especial en que se puede cantar solo), entornarás los ojos, y con la mano puesta sobre el corazón, modularás una sentimental romanza, la que debe estar infaliblemente en “modo menor” para llegar al alma, finalizando con una bonita cadencia en estilo fugado, que tenga por tónica la nota más baja de tu registro. ¡Qué triunfo el tuyo si fueses capaz de dar la nota clásica de los bajos profundos, el *fa*!

Junio de 1.904.

ARBORIFOBIA CORDUBENSIS

Al iniciarse la primavera, no sólo comienzan a cantar los pájaros, las ranas y los grillos; a sonreír las huertas, murmurar las aguas, zumbar las colmenas y parpadear las luciérnagas, sino que hasta la gente vieja se anima y rejuvenece, porque el reuma, la gota y los catarros crónicos, esos conspiradores contra los organismos en derrumbe, conforme presienten que el sol ha dado su tajo de ordenanza al ecuador celeste, allá en las alturas, avanzando hacia nosotros con su rostro de oro cada día más en alto, se retiran a cuarteles de invierno, ocultándose luego no más en una de tantas grietas abiertas por la silenciosa corriente de los años.

El corazón bate sus válvulas con más fuerza, la sangre adormecida despierta, corre, y se oxigena, y el ácido úrico, esa sorda dinamita desparramada cautelosamente por los conspiradores, es recogido y sacado fuera sin explotar, por una sabia y secreta policía.

Así que, nada tendría de particular que encontráramos más hablador y ligero, aunque no tan alegre como otras veces, a nuestro viejito zapatero, el de las aceras, bombas, focos, campanas y otras cosas estupendas. Es el mismo hombre de siempre, porque los viejos no cambian. Divagando al compás o en contra tiempo de su chato martillo, con sus anteojos nublados en la punta de la nariz, en inminente peligro de desbarrancárseles, no obstante el eficaz auxilio del rosado lunar establecido cerca del *divórtium aquárum*.

Bastante nervioso lo encontré al viejito esta mañana. Después de una rápida *toilette*, pasó al taller, un cuarto húmedo y fresco, saturado de suela y engrudo; piso de ladrillo antiguo, firme y desperejo, colorado y lustroso, previamente regado y barrido por su nieta.

Entró y abrió con cierta brusquedad la ventanita que mira hacia la huerta, y permaneció inmóvil contemplando sus queridos árboles. Los naranjos nevados de azahares, los granaditos enanos ensangrenta-

dos con sus flores, los durazneros envueltos en tul rosa, los peros y damascos como si una bandada de mariposas blancas hubiera hecho estación sobre ellos. En fin, más cerca, en la galería, las madresevas y las rosas multiflor afanadas por cubrirlo todo con sus pimpollos. Ante este cuadro tan sencillo, tan repetido, pero siempre tan nuevo y palpitante -porque no hay nada más viejamente nuevo que la naturaleza- cubrióse el rostro con ambas manos, meneó la cabeza... pero no podría asegurar si lloró, aunque, al dar la espalda a la ventana y dirigirse a la sillita de suela que ya conocéis, vislumbé detrás de los turbios lentes sus ojitos verdes algo más brillantes que otras veces, como un par de “tucos” dentro de la niebla.

-Los que acaban de asesinar eran sin duda más hermosos -dijo, y se sentó, esta vez sin mucho castañeteo de coyunturas. Tomó un botín empalizado por la horma y lo incrustó entre sus dos flacas rodillas, la suela mirando al techo: el botín semejaba a un sapo boca arriba aprisionado por los tentáculos de algún bicho raro. Creo que si en vez de la horma hubiese estado dentro el pie de misia Eustorofila, la propietaria del botín, ¡oh! entonces escuchamos seguramente un alarido, pues nadie ignora que todas las energías de un zapatero suelen estar concentradas en la punta de sus rodillas.

Tomó el martillo, y en un santiamén le remachó una manga de clavos en hilera. ¡Cuántos de esos pícaros clavos no irían a ser quizá la causa de que misia Eustorofila aflojase la marcha en las procesiones, dando lugar así a que sus perspicaces y amadas colegas, con toda injusticia, la acusaran de católica fría! Y eso sería una gravísima injuria para misia Eustorofila. Enfriársele el fervor, así de sopetón, tan cerca del final de la jornada, cuando se preparaba a gozar de los incalculables beneficios que le reportaría su gran cosecha de indulgencias obtenidas a fuerza de privaciones, y hasta podríamos decir, a punta de hombro y de codo, porque en ciertas atracuras místicas, es menester poner en juego esos sencillos resortes naturales. Si tal cosa le llegara a

sucedier, sería para ella lo que es para los colonos una gran helada en el momento mismo de cuajar los trigos.

-Están listos -dijo el zapatero, y colocó el par de botines sobre la tabla de obras terminadas.

Tomó en seguida la plancha vieja de batir suela y la colocó donde un momento antes estuvieron los botines, es decir, entre las rodillas, y principió ese martilleo semiblando, más bien agradable al oído, porque se alternan los golpes de timbre metálico con los de sonido mate, al dar, unas veces sobre la plancha limpia y otras en la suela elástica.

-Tac, tin, tac -¡oh! esos golpes para nuestro viejito constituían su estimulante mental más enérgico. Ese era su cuarto de hora, su momento. Entonces solía hacer, entre golpe y golpe, el comentario social y político del día y de la semana.

Me aproximé y atendí.

-Sí, sí -tin, tac- no hay duda; padecemos de arborifobia crónica. ¡Qué desgracia! -tac, tin- Nuestros hombres dirigentes son los más enfermos. Casi todos nuestros intendentes han padecido de arborifobia aguda. La arboleda del Paseo Sobremonte, esa esplendidez, fue destruída con verdadero *amore*, ¡un crimen! no castigado por el código penal. Nuestras plazas, nuestras calles, son arrasadas de cuando en cuando. -Tin, tac, tin.- ¡Qué barbaridad! ¿No habría algún suero preventivo contra esta enfermedad para vacunar inmediatamente a todos nuestros hombres dirigentes? No lo hay, sin duda, porque en Europa es desconocida esta dolencia. Solamente que el Dr. Julio Méndez se preocupara del caso...-tin, tac- Quizá pudiera combatirse indirectamente con la educación, con la instrucción, -tac, tin- pero, ¡qué diantres, si acaba de estallar la arborifobia nada menos que en la casa de las luces, de la "sapiencia": en la Universidad Mayor de San Carlos! Esto es como si en pleno instituto Pasteur hubiese explotado la hidrofobia o el carbunco, sus dos triunfos; y eso sería mil veces más disculpable -tin, tac, tin.

-Cuando ayer tarde me dijeron que habían entrado los indios al patio de la Universidad -tac, tac- arrasando su clásica arboleda, lo único que iba resultando histórico, su sello antiguo, su nota viviente, algo que infundía en el ánimo del visitante cierto misterioso y vago respeto, porque en esos árboles hermosos sentíase palpitar una época; en su savia se encontraba cristalizado el tiempo, y sus flores, al exhalar el suave perfume de lo pasado, embriagaban el alma de dulce melancolía, a los que hoy, ya hombres, y viejos, muchos, estudiaron en su casa.

Hasta aquí el viejito había suspendido el martilleo, quién sabe porqué. Le brillaban los ojos. Respiró con fuerza y prosiguió:

-Sí, señor -tin, tac, tin- al tener dicha noticia, dejé para más tarde la media suela del padre guardián, y llegué acezando a la Universidad, así no más, de gorra y delantal. El cuadro era en realidad lúgubre: los naranjos gigantes y los limoneros yacían tendidos en desorden, y como estaban literalmente cubiertos de azahares, me imaginé ver en ellos los cuerpos de otras tantas novias asesinadas en las gradas del altar.

Los enormes pinos, rectos como flechas, habían caído también; magníficas magnolias y no sé cuántas otras plantas mas... Pero no debo mentir: indios no se veían. ¡Solamente que se tratara de indios mansos! Pero tampoco se veían indios mansos. A no ser que ... en fin.

Lo único que había quedado intacto en medio de tal desolación, era la estatua del obispo Trejo, el fundador de la Universidad. No quise ver más, cerré los ojos y me vine. Pero volví por la noche, para hablar tranquilamente con Federico, el antiguo empleado y centinela del establecimiento. -Tac, tin, tac- Lo encontré mustio. -Vamos a ver, Federico, no hay que abatirse, y venga, mientras tanto, una tacita de café, de ese que toman los profesores para reavivar el cerebro agotado en el rudo e intenso batallar del aula. Yo también he perdido el ánimo al presenciar este desastre. -Tac, tin, tac- Federico me sirvió café, pero él tomó manzanilla, lo que me extrañó, aunque luego recordé que las impresiones fuertes, suelen repercutir, de reflejo, en los intestinos. -Tin, tac.

-Ya ve usted lo que han hecho -me dijo- ¡Los naranjos plantados el año sesenta por el querido viejito señor Rodríguez, el padre del venerable profesor de filosofía, don Pablo Julio! ¡Pobre don Pablo Julio! al cruzar por los claustros se cubre la cara: no quiere mirar al patio; y yo que los he regado más de veinte años!. . . ¡Qué hubiera dicho el doctor Lucero!

-Hubiera sentido como tú, Federico, pero quizá no dice nada, porque nadie puede ni debe oponerse al avance majestuoso de la civilización -tac, tin, tac- y lo que acaba de llevarse a efecto en este patio histórico, mi querido Federico, es un acto de civilización trascendental, inconmensurable. Y nosotros sin haber viajado nunca, sin haber sacado jamás nuestras humildísimas narices por sobre este marco de barrancas que limita nuestra visión física y mental, ¿cómo podríamos vislumbrar su alcance, si se pierde en las nieblas violáceas de un horizonte indefinido? Pero, aquí para nosotros, Federico, mirando hasta donde podemos ver, porque de mirar a ver hay un buen trecho, ¿quién ha protestado en alta voz de tal iniquidad? ¿Acaso todos son afónicos? -Tac, tac, tin- Por mucho menos suelen oírse gritos agudos y grandes pataleos. Es decir, por aquello que no tiene ningún valor, o aclarando algo más el concepto: por lo que no pueda molestar a los que disponen de influencia, aunque fuese la cocinera -tin, tac, tin- ¡Ah! ¡la influencia, Federico, es algo muy respetable! Hasta en manos infantiles puede resultar una arma temible y, sin embargo, tan sencilla como la aguja colchonera. En fin, mi querido Federico, primero está el cultivo de los puestos que el de los árboles, aunque recuerdo que en la estancia en donde fui *puestero* cuando joven, el contrato me obligaba a plantar árboles.

-¡Qué barbaridad! -dijo Federico echándose el sombrero sobre los ojos, porque en ese momento se rascaba la corona- “ridad” -repitieron las bóvedas de los claustros vacíos. Pero en seguida escuchamos una voz que no era el eco de la nuestra, y que nos dejó helados.

-“Federico, hijo mío, arrímame una escalera” -oímos bien claro-
“lera” -repetieron las bóvedas.

Federico me miró, pálido, mortal, ¡y para que su cara de tomate
palidezca! ...

-“Arrímame una escalera, quiero marcharme” -“charme”
-volvieron a repetir las bóvedas.

Se nos enfriaron la manos. Miré de reojo hasta el patio desolado;
la Luna lo alumbraba más que nunca, ya lo creo, más que nunca: pa-
recía un cementerio. La torre de la Compañía dejaba caer largo a largo
su sombra enorme. Dios me perdone, pero me pareció que la estatua
del Obispo se movía: sí, no había duda, se movía la estatua. Federico
también comprobó el fenómeno, pero quiso marcharse. Lo convencí de
que una estatua nunca puede ser peligrosa aunque se mueva... mien-
tras no se esté muy cerca de ella. Casi en cuatro pies llegamos hasta la
verja del jardín. Después de un momento de expectativa, vimos incli-
narse al Obispo repetidas veces sobre el pedestal, como con intencio-
nes de saltar al patio: tanteaba y hablaba en voz baja. Por fin se irguió.

-No quiero cometer una locura -dijo- pero conste que aquí per-
maneceré contra mi voluntad. -Le di un pellizco a Federico.

-¡A quién se le ocurre, Dios mío -prosiguió el Obispo- destrozar
mis naranjos! ¡Tan luego los naranjos, señor Dios de los ejércitos! ¡El
deleite de toda mi vida, mi actual refugio!

Le dí otro pellizco a Federico.

-¿ Acaso no recuerdan ya la delicada pintura que de mi humilde
persona hiciera el joven literato Rodríguez Larreta en su clásico dis-
curso, cuando me veía cruzando a pié los bosques de naranjos del
Paraguay con mi verde sombrilla desplegada?

-Señoría Ilustrísima -dijo Federico con voz trémula- en obsequio
de Su Señoría se ha hecho el destrozo. Dicen que a su estatua le falta
luz y ambiente.

No tuve tiempo de tapparle la boca a Federico.

-Hijo mío - replicó el Obispo- yo no he pedido como Goethe, al morir, “luz, más luz”, aunque dicen que eso es mentira; luz me sobra en las alturas, pero en caso de pedir algo para aquí abajo, hubiese dicho: ¡Naranjos floridos, más naranjos! ¡No cortéis mis árboles!

-Pero en cambio proyectan hacerle un parque inglés, Señoría Ilustrísima -dijo Federico con cierto temor.

-¿Parque inglés? Diles que se lo hagan a cualquier obispo hijo de la Gran Bretaña.

-¿De la gran qué, ha dicho? -me preguntó Federico en voz baja.

-¡Bretaña, hombre! el país de la justicia y de la libertad por dentro.

Pero a esta altura del monólogo de nuestro viejo, vino misia Eustorofila y lo cortó, metiéndose al taller.

-¿Se puede? -dijo una voz cascada.

-¡Pase adelante, misia Eustorofila! Dichosos los ojos ...

-Cállese su embrollón; ¿hasta cuándo piensa tenerme descalza?

-Aquí están sus botines, misia Eustorofila, con un par de medias suelas más pulidas que una patena; pero ya sabe, mi señora, si quiere que le duren, mezquínele el cuerpo a la piedrabela.

-¡Siempre usted con su piedrabela! Bueno, vamos a ver, se me pasan las “cuarenta horas”, ¿qué le debo?

-¡Ya sabe, misia Eustorofila!

-¡Uff!

-Aquí tiene La Nación, abuelito -dijo la nieta entrando- trae la crónica de la Fiesta del Arbol que usted buscaba. Fíjese, abuelito, en esa fiesta, en Buenos Aires, doce mil niños han plantado igual número de árboles, los han regado, y después les han cantado un himno. ¡Qué lindo, eh!

-Sí, mi rica, aquí hemos de hacer otra, con el tiempo: la Fiesta de las Hachas. Cada niño vendrá con su linda hachita muy bien afilada y cortará su arbolito. Después, todos reunidos, cantarán en coro el

“hinno a las hachas”, escrito por algún poeta atacado de arborifobia aguda.

-¿Y misia Eustorofila?

-Hace años que se fue.

-¡Bueno, a la mesa, señorita! están dando las doce.

¡Que sirvan la chatasca!

Octubre de 1.904.

ENTRE OCIOSOS

Dentro del canasto de papeles inutilizados, una noche de invierno, encontrábanse reunidos y revueltos, pero en buena armonía, -lo que no siempre acontece entre los hombres y menos aun entre mujeres- los siete días de la semana pasada, víctimas inocentes de los dedos más o menos limpios de un don cualquiera, ya que cualquier bípedo se considera autorizado para hacer correr el tiempo con sólo ir desplumando el almanaque de pared, sin sospechar siquiera lo mucho que costó a hombres eminentes la preparación de nuestro calendario.

-Bueno -dijo el Domingo, bostezando, después de empujar un sobre cargado de estampillas que había cobijado una nota de ministroles declaro a ustedes francamente que, a pesar de mi alto rango en todo el orbe cristiano, estoy completamente aburrido de mi noble papel. Hablando la verdad, aquí para internos, me considero el representante del día más desgraciado de toda la semana. En todas partes, desde mi amanecer, comienza la gente a disparatar, permitiéndose libertades fuera de programa. Por ejemplo: el campanero se considera plenamente autorizado para menudear badajos a puño limpio en cuanto malicia que se viene el alba, y el respetable público, muy poco respetado en este caso, soporta resignado el metálico aguacero, todo porque se trata de mi día. El servicio doméstico, o más bien dicho el indómito servicio, dado su místico fervor indiscutible, al primer campanazo resuelve abandonar la casa con cierto sigilo misterioso y ese criollo frou-frou de enagua almidonada hasta el límite del cuero; sigilo que, si no huele a escapatoria, es porque el tin-tin de las medallas del rosario certifican propósitos muy santos. Estos deslices fervorosos llévanse a cabo a la hora cenicienta de las gatunas sinfonías ejecutadas al aire libre sobre los tejados sombríos o las blancas azoteas...

-¡Ah! -dijo el Sábado- para mí no hay nada más delicioso que esa música de tejados arriba a altas horas de la noche, cerca ya del ama-

necer, cuando las estrellas comienzan a dar sendos pestañazos como grandes ojos de fuego anegados en llanto, y la Luna, cual si fuese la enfermera de la Tierra, vela resignada, con su rostro lívido, sobre la inmensa soledad del cielo.

-Tiene usted un gusto muy pervertido -observó el Viernes, con su tonito gangoso de sacristán de monjas- no se puede negar que es usted un calavera incorregible. ¡Cómo diantres puede usted encontrar, no digo belleza melódica, ni siquiera un simple placer acústico, en esos alaridos desgarradores de los gatos a media noche! ¡Cuál de ustedes no se ha desvelado alguna vez al escuchar esas voces quejumbrosas, terriblemente lúgubres que van subiendo de tono paulatinamente, hasta que de improviso, sin decir agua va, estallan en un grito desgarrador y en un resoplido furioso como de quien se asa vivo, oyéndose después sobre el tejado un nutrido redoble de suaves taloncitos en dispersión! Esas cosas, mi distinguido colega, son de mal gusto, y hasta podríamos decir, algo livianas.

-Ya viene usted con sus letanías y remilgos -dijo el Sábado- Es usted un pobre día a quien los hombres le han echado encima todas sus fechas tristes, todos sus aniversarios dolorosos. Con sólo nombrarlo a usted, la gente pone cara de embudo. No debe mirar con malos ojos la felicidad ajena; sino, tendría que recordarle aquella frase de un personaje de Shakespeare: “¿Crees tú que porque eres virtuoso, no debe haber ya sobre la tierra ni pasteles dorados ni vinos de Canarias?” Y como los pasteles y vinos de hoy en día deben ser sin duda superiores a los que probó el inmortal poeta, mayor razón existe entonces para que deje usted tranquilos a los que intenten saborearlos por su cuenta y riesgo.

-¡Pero, señores! -replicó el Domingo- me han dejado ustedes con el indómito servicio en las iglesias, mientras se dedican a una discusión perfectamente inútil; y después de todo, ¿quién podría asegurar que si el amigo Viernes tuviera a su alcance esos pasteles, no se los tragaría como cualquier otro día mortal de la semana? Déjense, pues,

de discutir pamplinas, y permítanme seguir en mi descrédito. Esto de hacer sus confesiones al estilo de los grandes hombres, es un placer íntimo. ¿Quién se desacreditó con más fruición que Rousseau?

Estábamos en que yo era el día más desgraciado de toda la semana, y en que el servicio doméstico había desaparecido de las casas como por encanto. Vuelve al fin el servicio cual paloma al arca (pero sin ramo de olivo en el pico) y comienza el afán de los patrones para cumplir con el dominical precepto. Pero las horas van pasando y nadie está listo, porque en mi día todo anda atrasado y a empellones. El lechero viene tarde, lo mismo el panadero; la cocinera no ha hecho fuego a tiempo y la gente clama por el desayuno; el patrón pide a gritos un cuello del cuarenta, la señora el corsé de cincuenta pesos, las niñas el pomito de pintura, y contesta la mucama: “¡lo tiene la señora!” “¡mentís, che, pícara!” Los niños lloran por sus ropas nuevas, y a todo este infernal desbarajuste, se mezclan las campanas de todas las iglesias. -“¡Se nos pasa la misa, salgan!” -grita la patrona. Y salen por fin atropelladamente en persecución de la misa de once, por ser la más de moda, es decir, la más lujosa.

La señora ostentando sobre el cuerpo, por lo menos cinco meses de sueldo del marido; los que restan del año, que son siete, los llevan entre las muchachas y los niños, así que el pobre padre de familia tendrá que vestirse con los eventuales del naípe o la ruleta.

A las doce, todo el mundo se atiborra de comida por la misma causa, es decir, porque es domingo. Más tarde, a eso de las dos, principian a llegar las visitas de ocasión, aves de paso, gente que vaga sin rumbo, arrojada a la luz de las calles por la ola negra del aburrimiento inconsciente, el peor de todos, porque se burla de sus víctimas, haciéndoles creer que se divierten. Ataviadas con lo más vistoso y reluciente que ocultaron los baúles y roperos durante la semana, hablan sin ton ni son, como loros en jaula puestos a la resolana. Otra parte del público va al corso, en Buenos Aires, a Palermo, la mayoría en carruaje más o menos alquilado, o si ustedes quieren, empeñado, y allí

giran a paso funerario, grave, tiesa, empalizadamente, como si se hubieran tragado un gran bastón de mando; mientras tanto, el hermoso parque bonaerense sonrío al cielo ... y a los lindísimos caballos.

Aquí, entre nosotros, se hace el corso en la calle predilecta que sabéis. Colón, por más seña, espaciosa avenida de treinta y cinco metros de ancho, con su doble hilera de plátanos frondosos, palmeras y otros árboles gigantes. ¡Oh delicioso ambiente, tónico y deleite de la membrana pituitaria! ¿Podría comparársete con el aire sofocante y mefítico que se respira en los parques y jardines “Las Heras” y “Crisol”, donde tan sólo se ven pandillas de muchachos armados de hondas, persiguiendo los pájaros que se atreven a deleitar con su canto o su plumaje a esos mismos bandoleros o a las personas de mal gusto que se permiten quebrantar la regla, no asistiendo al clásico paseo coloniano?

Por la noche, el público llega al teatro, bastante retardado por ser domingo, y la pieza que se da es de las peores, porque mi día es el sacaclavos de los malos repertorios.

En fin, paso por alto, de intento, las borracheras, jugarretas y trasnochadas de que soy causante, porque, si fuéramos a seguir apuntando observaciones...

-Sin embargo -replicaron a una voz los seis días hábiles de la semana- en las 24 fiestas extras que nos brinda nuestro almanaque criollo, además de los 52 domingos de ordenanza mundial, a todos nos toca alguna vez ser causa directa y testigo ocular de iguales cosas, y hablando la verdad, no nos aburre.

-¡Cómo! -dijo el Domingo- ¡aun hay que recargar al año con 24 días más de holganza sobre los 52 que me pertenecen por derecho legítimo! Así que, entre todos, sumamos 74 días de farra! -exclamó el Domingo, algo sorprendido.

-O, si usted quiere, dos meses y medio.

-Si me permiten... -dijo el Lunes con su voz debilitada.

-Lo que usted guste, mi querido adlátere -contestó el Domingo.

-Bien -dijo el Lunes- gracias a mi larga y desdichada experiencia, pues me considero el día más apático, embotado y gelatinoso de toda la semana, puedo observar a ustedes que, si consideramos estas cosas únicas desde el punto de vista del trabajo útil, son mucho más de 74 los días perdidos, porque fíjense ustedes: todo colega posterior a uno de fiesta, de hecho resulta lunes, aunque sea jueves, y el lunes se trabaja, cuando mucho, medio día.

-Muy discreta observación -replicó el Martes- así que, agregaremos setenta y cuatro medios días, o sean 37 enteros, y nos resultan ciento once (111), casi la tercera parte del año.

-¡Ya ven ustedes si tenía razón! -dijo el Domingo- ¡Yo, el principal causante de tanta ociosidad!

-Por mi parte debo hacer una salvedad -gritó el Viernes- como entre esos 24 días extras deben contarse sin duda los tres de Semana Santa, no puedo permitir, ni por un momento, sean considerados como los demás, pues se trata de la fecha más solemne y grandiosa del año entero. Días de recogimiento y profunda quietud, en que hasta las campanas enmudecen, no oyéndose más que el liso y seco claqueo de la matraca, evocando no sé qué idea de inmenso vacío, de abandono y desolación. El interior de los templos se encuentra sumido en el más profundo y oscuro sosiego; apagado todo brillo, todo resplandor indiscreto, por el severo crespón opaco; todo ruido, por alfombras y mullidos tapices. Hasta el monstruo armonioso, el órgano, que podría rugir como cien leones enjaulados o trinar suavemente como una calandria en noche de luna, enmudece también, y allí se le vislumbra en el coro desierto, sumergido en la penumbra, como un fantasma, esperando inmóvil el grito victorioso del Sábado de Resurrección, para explotar como un volcán de notas y acordes, y conmovier, desde los cimientos del templo hasta la tenue y quieta llama de los cirios.

-Se conoce que es usted parte interesante -dijo el Domingo- estamos conformes: son sin disputa los días más imponentes y graves del año, pero voy a probarle a usted que hasta en ellos la gente disparata;

y si no, dígame usted ¿cómo me explicaría ese lujo, no digo asiático, -porque al fin sería elogioso- sino sudamericano, chillón, discordante, ampuloso, que llevan las mujeres, precisamente el día de más dolor y tristeza para todo el orbe cristiano? ¿Asisten a un baile o a un duelo?

El Viernes puso una cara de aceituna avinagrada, y mientras se rascaba la cabeza maquinalmente, refunfuñó: la pregunta tiene por lo menos un bemol; así que la respuesta debe estar en *fa mayor* o en *re menor*, mas, como yo no entiendo sino de *canto llano*, me es imposible satisfacerla.

Se oyó una carcajada general que hizo bambolear el canasto.

-Eso no se llama irse por la tangente, sino saltar paredes -dijo el Lunes con socarronería.

-¡Cállate albañal del Domingo! -replicó el Viernes, morado de rabia.

-¡Y tú, ilustre representante del bacalao y del poroto, caballero cruzado en las negras lides de los dispéuticos!

-¡Vaya, señores, no es para tanto! -dijo el Domingo- cada uno con su manera de ver, y santas pascuas. Y ahora que digo pascuas, supongo que el Viernes no tomará a mal si yo, consecuente con mi tesis, demuestro que ni el gran Domingo de Pascua se escapa a la regla fatal.

-¿Yo. . . por qué? -contestó el Viernes - y después de todo, en ese día de regocijo casi mundial, es muy disculpable cualquier salida de tono.

-Ya ve usted, por algo se pierde el juego.

-Opino como el Viernes -dijo el Lunes- en ese día debiera disculparse cualquier disonancia, cualquier *lapsus* o abandono del compás, en obsequio a la fecha; y es natural, pues acaban de pasar las cinco semanas clásicas de mortificación, de penitencia, de arrepentimiento, y el cielo, cual un bondadoso acreedor que hubiese amenazado a sus clientes tan sólo por ver si se corrigen alguna vez, les perdona al fin, como siempre, volviéndoles a abrir nueva cuenta en ese gran libro del

tiempo, de infinitas y blancas páginas. Y la humanidad -probablemente arrepentida- pero tan cruda como antes, surge de nuevo al escenario de la vida diaria, y dirigiéndose al maestro de orquesta, que en tal caso muy bien pudiera resultar el ilustre Mefistófeles, le grita: “¡maestro! ¡un pericón!” y el fandango se reanuda.

Julio de 1.904.

LA LUNA Y LA IGLESIA

Es muy cierto que las campanas dicen lo que uno quiere. El Sábado de Gloria, las cincuenta mil campanas del orbe cristiano pusieron en peligro, como siempre, las torres y los tímpanos, al anunciarnos con la inocente alegría del bronce percutido de Pascua-Resurrección. Si el cristiano escuchara tan sólo esas voces llenas de esperanza, debiéramos regocijarnos. Pero no es así del todo. También cree oír a más del grito ¡resurrección! ¡resurrección! este otro: ¡a degollar, a degollar!... ¡corderos, patos, gansos, pavos y terneros! ¡A matar y saciarse en obsequio del Señor! Y si no fuera el redoblar de las campanas, percibiríamos en ese momento el siniestro chirrido de las chairas, moldejones y discos de afilar. Y sí nuestro oído fuese mil veces más sutil, y se hiciera un profundo silencio, escucharíamos algo como el rumor de un gran torrente, pero no de agua, sino de sangre caliente y espumosa, derramada sin compasión.

Estas consideraciones hacía yo en una reunión de damas, sin más propósito que el de ponerles en movimiento la imaginación y la lengua, es decir el volante y la cuchilla de la máquina. Pero no obtuve resultado, porque una de ellas, espíritu vivaz y muy aficionada a las preguntas de sopetón y comprometedoras, paró el golpe diciendo: esas son sensiblerías propias del doctor Albarracín o de un discípulo de Astorga. Déjese de pamplinas. Yo invito a pascuar con un lechoncito acaramelado, pichones al horno y otras legumbres; pero ahora aclaremos este punto. ¿Por qué toda Semana Santa “cae” forzosamente en Luna llena ? ¿ O por qué la pasión y muerte del Redentor no tiene fecha fija? Estas preguntas, prosiguió la dama, acabamos de hacérselas al padre B, quien después de recogerse un poco el hábito y componer el pecho, nos dijo ... que no fuésemos curiosas, que la gloria no se gana sabiendo, sino creyendo. Como Ud. ve, el padre se nos escapó por la tangente.

-Más bien por la secante, señora, puesto que se encontraba dentro de una amable rueda de damas curiosas.

Pues, con el permiso del padre, trataré de satisfacer a las señoras.

Deben saber ellas, que las fechas de un buen número de días de fiestas religiosas se deducen de la Pascua. Pero la Pascua se mueve, luego también se moverán los días. Y toda la culpa de esta movilidad juvenil de la Pascua, a pesar de sus años, la tiene la Luna, o mejor dicho, los concilios (el de Nicea) que suspendió del astro pálido la fiesta de Pascua, y de ésta, un racimo de días de guardar. Y como la Luna es mujer, “e la donna é mobile . . . “

Es verdad que desde antes de los concilios ya los judíos servíanse de la Luna para determinar Pascua. Ahora veamos cuál es el procedimiento de la iglesia para encontrar la fecha de Pascua.

Según dicen, la Resurrección tuvo lugar pocos días después del equinoccio de primavera (21 de marzo), de otoño para nosotros; por lo tanto la Pascua deberá celebrarse en seguida del 21 de marzo. Pero también se sabía que pocos días antes de Resurrección hubo Luna llena. Entonces, para conciliar en lo posible estas circunstancias, se resolvió proceder así: se busca la fecha de Luna llena, que sigue inmediatamente al 21 de marzo, inclusive este día, y al primer domingo que se presenta después de esa fecha, se le brinda la Pascua. De ahí viene que toda Semana Santa siempre es con Luna más o menos llena.

Fijándonos un momento, veríamos que la Pascua nunca puede celebrarse antes del 22 de marzo ni después del 25 de abril. La comprobación es sencilla. Veamos. Podríamos tener Luna llena el 21 de marzo y día sábado; entonces Pascua caería al día siguiente, 22 de marzo, según la regla. Es el caso más favorable. Pero también podríamos tener Luna llena el 20 de marzo: este es el peor de los casos, porque habiendo llegado la Luna en su interesante estado, un día antes del 21 (equinoccio), no puede ser Luna pascual. Se le da entonces con la puerta en la nariz y se le emplaza para la segunda vuelta. El astro pacífico saluda en silencio, y sigue su camino eterno, para presentarse

en estado de merecer el 18 de abril, puesto que fases iguales se repiten cada 29 días y horas; pero si el 18 de abril resultara domingo, la Pascua deberá celebrarse el domingo siguiente, según la regla, es decir, el 25 de abril.

Así que Pascua es como un péndulo cuyo arco de oscilación está comprendido entre el 22 de marzo y el 25 de abril, y como entre estas dos fechas median 35 días, la amplitud del arco será de 35 grados. Esta oscilación, bien considerada, no deja de hacer cosquillas, por tratarse de una conmemoración fundamental y grandiosa para la iglesia cristiana, la que debiera tener su fecha determinada de una vez para siempre, y no 35 distintas.

Pero aun hay otra observación que hacer. La luna eclesiástica con que opera la iglesia es una luna ficticia (luna media) por cuya razón no coincide exactamente con la Luna verdadera, la astronómica. La diferencia, puede alcanzar hasta dos días. Poca cosa, se dirá. Sin embargo, esa pequeña diferencia podría ocasionar un error muy grande, así como de padres pequeños suelen verse hijos gigantes. Supongamos querer determinar la fecha de Pascua valiéndonos de la Luna legítima, y que tuviéramos Luna llena el 20 de marzo. Según la regla eclesiástica, debemos esperar el próximo plenilunio, 18 de abril, porque antes del 21 de marzo no hay Luna que valga. Pero podría suceder muy bien que en virtud de esa pequeña discrepancia entre las dos lunas, el cálculo eclesiástico diera Luna llena el 21 de marzo en vez del 20. ¿Qué sucedería entonces? Pues que el primer domingo inmediatamente posterior al 21 sería Pascua según la iglesia; y según los astrónomos, el primer domingo después del 18 de abril; ¡una diferencia de un mes más o menos! De todos modos, en tal caso nadie pondría en duda que ayunaríamos en marzo, porque vale más un error reglamentado que una verdad desamparada.

Sin embargo, hasta cierto momento, la iglesia ha tenido razón en no guiarse por la Luna verdadera, por las constantes modificaciones que sufrían las tablas lunares astronómicas. La Luna, por razones que

estarían aquí fuera de lugar, es el cuerpo celeste de movimiento más complicado que se conoce. Pero desde el siglo pasado, el cálculo puede, según Tisserand, determinar con 250 años de anticipación el paso de la Luna por un meridiano cualquiera ¡con un error de un segundo de tiempo tan sólo!

También se ha objetado que si la iglesia determinara Pascua según la Luna verdadera, coincidiría con la Pascua de los judíos, “lo que sería indecente” al decir de Clavius. ¡Pobres judíos! ¡Ni el cordero pascual pueden comer con las demás gentes!

Cuando uno trata de determinar la posición que ocupará en el cielo la Luna llena para cualquier Semana Santa, sorprende agradablemente el ver que siempre, en ese momento, el astro melancólico debe rielar sobre la constelación de la Virgen.

No se puede negar que hay una gran poesía en esta coincidencia aunque sea premeditada. Sin embargo, nada es eterno ni estable, un movimiento sutilísimo de los equinoccios, justamente el punto en que se apoya la iglesia para calcular Pascua, destruirá toda esa poesía andando los siglos. Tiempo llegará en que la reina de la noche no acompañe ya en su duelo a la reina de los cielos. Habrá pasado a la constelación de León, sanguinario y cruel.

Gauss, uno de los matemáticos más extraordinarios de todos los tiempos, proyectó felizmente la luz de su genio sobre esa gran madeja del calendario cristiano, causa de interminables discusiones, de reformas y de enredos insalvables.

Mayo de 1908.

PESPUNTES

Anteriormente olvidé dar el nombre de nuestro viejito zapatero, tan locuaz y a la vez tan verídico, dos virtudes que suelen andar como perro y gato, aunque muchas veces estos animales resulten un modelo de armonía. Olvidé dar su nombre, decía, pero aún hay tiempo: se llama don Lino. El apellido no hace al caso; todo hombre importante de pueblo chico es conocido únicamente por su nombre de pila, aunque hubiere sido bautizado en medio del campo, y por lo tanto sin pila: justamente lo contrario de los de fama mundial, a quienes el apellido absorbe el nombre con pila y todo.

Don Lino no ha salido a tomar campo este verano; hace mucho que no se da ese lujo obligatorio de la gente *bien*, si no me equivoco, desde que se instalaron las fábricas de calzado a vapor. Profesa don Lino a dichos establecimientos un sincero y santo horror; pero su conciencia está tranquila, pues sería indigno comparar, siquiera fuera en broma, las medias suelas que echa él a martillo limpio, con las suelas dobles de fábrica, livianas, fofas y descoloridas como esas tajadas de bizcochuelo olvidadas en algún rincón del aparador.

Por lo demás, ya hemos visto que el constante martilleo de toda su vida sobre la plancha lustrosa y sin oreja, no ha embotado el cerebro de nuestro filósofo, ni menos su afición al estudio. Comenta los sucesos sociales y políticos con criterio propio; lee más que cualquier hijo de familia principal, y todos los libros y revistas que le presto me los devuelve limpios, dos cosas fuera de moda entre la gente decente. Además, es hombre sincero, y tan sólidamente honrado como los botines que confecciona. No hay chapas de cartón en su espíritu como en las suelas de hoy.

Piensa con libertad y camina sin anteojeras, otras dos cosas fuera de moda también. Las anteojeras pueden ser convenientes en ciertos casos, pero a la larga concluyen por atrofiar la vista, como le sucede a

los animales de vida subterránea. En obsequio de don Lino pido al lector no repita aquello de que piensa con libertad, si no quiere que se le evapore la clientela; pues ya dijimos que ésta se compone casi en totalidad del elemento femenino, y la traducción de ordenanza de “libre pensador” para el uso doméstico del sexo débil, es esta: pícaro, bandido, potro suelto; y naturalmente, el sexo débil o debilitado tiene que espantarse de un potro suelto, sin darse cuenta de que quizá son más peligrosos los embozalados: sobre el particular podrían informar los señores caballerizos.

Por mi parte, cultivo gustoso la honrada y humilde amistad de don Lino, y mas aún en estos tiempos de decadencia moral en que la gente ha olvidado hasta la ortografía de la palabra carácter, quizá debido a la profusión de diccionarios de la lengua.

Había estado oyendo hablar largo rato de política local, del pasado motín militar y del futuro también, y ya sea porque no entiendo ni jota de estas cosas tan oscuras, o porque la atmósfera se cargó de miasmas, el hecho es que me sentí abombado como si hubiera descendido a un pozo. Entonces resolví tomar aire y luz, dos artículos libres de impuestos hasta la fecha -sin duda por la dificultad de pegarles la estampilla- y me dirigí a la casa de don Lino, situada en las afueras, hacia el Oeste. Indudablemente es una linda casa la de don Lino. Con amplia vista a la sierra, huerta y jardín antiguos; grandes higueras ladeadas y nudosas a fuerza de años, cargadas de higos remaduros, los que semejan mil rostros de negritas risueñas; los perales, desgajándose por el peso de la fruta: esa perita chica, aromática, hoy fuera de moda, honor de las antiguas carbonadas y sueño dorado de las bandadas de cotorras; muchos granados con sus bombas rojas como sangre; y allá, en el fondo de la huerta, a lo largo del cerco vivo de mimbres, la acequia silenciosa abriéndose paso con la suavidad de una sombra, por entre la yerbamota, los cedrones y las *buenas noches*. En cuanto al jardín, es tan sencillo como la huerta. Nada de crisantemos, ni de orquídeas, ni de iniciales entrelazadas: diamelas dobles en tarros de

lata oxidada, blancas y rizadas como velloncitos de cordero; claveles y brincos multicolores, rosas manto de oro; mucho nardo, albahaca, en donde uno asiente la mano; penachos luciendo su felpa de terciopelo rojo, y en fin, dos grandes jazmines del país, nevados de flores, cubriendo grandes retazos de cielo. Las selvas y las “tripa de fraile” se han apoderado de la galería del segundo patio -el taller de verano de don Lino- y si la podadera no interviene discretamente, muy pronto habrán metido sus guías en las habitaciones.

Una media docena de jaulas de caña -obra manual de don Lino- alineadas en la pared, encierran otros tantos mirlos de pico amarillo como caramelo, y cuerpo más negro que el de un clérigo (vestido se entiende). Estos animales dan unos silbidos muy superiores a los del payo Roqué, baten las alas y zapatean con rabia sobre las ruidosas chapas de lata del piso de las jaulas, hasta que alguna persona comedida de la casa, les coloca a tiro de pico un par de higos de los que ha volteado el viento o la madurez; entonces cesa el alboroto mientras se atracan desafortunadamente con la pulpa dulce y amelcochada de la fruta. Entiendo que no sólo los mirlos proceden así. Del loro no quiero hablar, porque este animal lo hace admirablemente: es el secretario privado de don Lino, viéndosele al lado de la mesita de trabajo, cómodamente instalado en su gran barrote de latón, el que remata en una flor del mismo metal y una pequeña pirámide de mazamorra fría.

“La Camelia” anunció mi presencia con un ladrido amistoso, arrojándose a mis pies convertida en un blanco ovillo giratorio dentro del que brillaban dos ojitos negros. Por lo general, considero esta manifestación de aprecio canino mucho más sincera que el cordial abrazo de un prójimo.

-Tráele el sillón de cuero -dijo don Lino a su mujer, al verme llegar.

Misia Braulia se presentó con el sillón y una espléndida rosa.

-Es de la planta que a usted le gusta -dijo, entregándome la flor.

-Antes de todo ¿qué va a tornar usted? -me preguntó don Lino, haciendo a un lado suelas, hormas y herramientas; - ¿menta, poleo, yerbabuena... ?

-Lo de siempre.

-Perfectamente: ¡poleo con azúcar quemada y bombilla de paja, Braulia!

-Supongo no querrá usted que entremos.

-¡Ni se le ocurra, don Lino! Aquí en pleno patio, confundido, disuelto en la naturaleza.

-Cuando joven como usted, yo también solía amar a la naturaleza -dijo don Lino, mientras frotaba los lentes con la blusa, entre distraído y pensativo- pero después, poco a poco, con el rodar de los años y el estudio a tirones, llegué a convencerme de que eso era una ridiculez: a la naturaleza se la puede y debe admirar fríamente, sin entusiasmo, sin sensiblerías.

-¿Admirar sin entusiasmo, dice usted don Lino? Me parece que hay alguna contradicción en los términos.

-Lo repito: admirar sin entusiasmo; justamente esa es la dificultad: sin entusiasmarse, pero, eso sí, con interés, con profunda curiosidad. Mientras usted no haya llegado a esa manera de ver, podrá ser un distinguido poeta sentimental, pero nunca un hombre.

-Al verlo a usted, don Lino, tan pensador en medio de sus hormas y botines, se me figura Spinoza o Espinosa, -de varias maneras se escribe- el gran filósofo solitario, encerrado en su desmantelada habitación envuelta en brumas, puliendo lentes para ganarse la vida, y meditando siempre, para conquistar la inmortalidad.

-Esa es una comparación inaceptable; declino tanto honor.

Guardando distancias...

-De ninguna manera.

-Bueno, prosiga, don Lino.

-En todos los tiempos se ha lamentado el hombre de las injusticias de la naturaleza, pero difícilmente ha llegado a convencerse de la

inutilidad de sus lamentos. Lo único capaz de poner las cosas en su lugar e ir libertando al hombre de las crueldades de la naturaleza, es la ciencia moderna; libre de prejuicios y sentimentalismos, basándose en los hechos, en la experimentación y en la lógica, siempre dispuesta a corregir o modificar lo que acaba de dar por verdadero, muy distinta por consiguiente de la antigua ciencia, dígame lo que se quiera.

Lo que hablábamos el otro día ¿recuerda? Nuestra querida madre la naturaleza, hasta hace poco, se entretenía en matar, así al pasar, a millares de niños, ahogándolos por un sistema especial no patentado: la difteria. Con tan plausible motivo derramábanse en el mundo algunos metros cúbicos de lágrimas, y el infortunio batía sus alas de murciélago sobre miles de hogares.

Perfectamente; nuestra querida madre seguía en su inocente diversión, hasta que se presenta Roux en nombre de la ciencia moderna y le dice: "Idolatrada madre: siento muchísimo participaros que desde hoy en adelante, tres de tus hijos: Kitasato, japonés, raza inferior, dicho sea de paso, Berhing, y yo, hemos resuelto impedir que sigas matando niños con ese torniquete de la difteria". Nuestra madre se encoge de hombros, sin duda, porque todo sigue como antes: los pájaros cantan y vuelan lo mismo que siempre; el cielo, el mar, las montañas, la llanura, lo mismo que siempre: la única diferencia es que ya no se mueren los niños de difteria. La ciencia ha obtenido un triunfo más sobre la naturaleza, la humanidad cuenta con un dolor menos... y las madres de familia no conocen ni siquiera el nombre de los salvadores de sus hijos.

-Pero en cambio todas conocemos mejor que tú al abogado de las pestes, a San Roque -dijo misia Braulia, entregándome una aromática taza de poleo- ¿Qué ahora ya los niños no se mueren de difteria? -prosiguió la señora- ¡Vean qué cuento! Eso quiere decir simplemente que San Roque ha moderado la peste.

-¿ Por indicación de Roux ? . . .

-¡Porque se le dió la gana!

-Y entonces ¿por qué no la moderó antes que se nos murieran Florita y Carmen?

-¿Cómo dices? Pero porqué. ..-Misia Braulia llevó el pañuelo a los ojos y se retiró.

-Ahí tiene usted cómo concluye la lógica femenina -replicó don Lino, sacando un cigarrillo.

-Hablemos de política, don Lino; los temas abundan. Vamos a ver, ¿qué opina usted de este argumento antiquintanista, usado y barajado con suavidad y tino por los quintanistas de origen granítico? Dicen en son de lamento, que la mayor prueba de la impopularidad del presidente es la falta de gente en la Casa Rosada; “¡aquello es un desierto, un cementerio!, ¡qué lástima!”, y ponen caras de dolientes de alquiler.

-¿Y usted, habiendo sido estanciero, no cae en la cuenta? -dijo don Lino, sonriendo- ¿No se ha fijado entonces que a todo establecimiento en donde se carnea a diario siempre acude mucha gente ociosa y mucho perro suelto, al *amor* de los trozos de carne olvidados y de los desperdicios?

-Su alusión, don Lino, es algo parabólica...

-Sin embargo, es más sencilla que cualquiera de las bíblicas.

-¡Cállese, no se le vaya a venir al humo la Braulia!

-Che, no soy tan mal criada -replicó la señora, que había estado carpiendo la tierra de los brincos disciplinado.

-Bueno -dijo don Lino- por lo pronto, lo más interesante de observar es el cambio de pelecha política de la gente. Aunque la estación no es propicia, la cosa marcha.

-Quizá el ambiente húmedo favorezca algo el proceso...

-Indudablemente.

-Usted habrá visto sin duda muchas veces en la primavera, iguanas y lagartos con la mitad del cuerpo reluciente, como esmaltado, y la otra opaca y desteñida; es decir, en la época de la pelecha. Algunas veces suelen andar como embolsados en el pellejo viejo semidespren-

dido, pero por las desgarraduras, se les ve brillar la nueva piel flameante.

-Es verdad; y en esa época los animales se vuelven algo ariscos, como si se avergonzaran de ser vistos, y al meterse en las cuevas u ocultarse entre los resquicios de las piedras, suele oírse un ruido como de papel de seda estrujado.

-Cabal. Pero luego no más, en cuanto calienta el sol, pierden ese pudor pasajero, ese temor infundado, y se dedican de nuevo a sus faenas cotidianas.

-Las víboras también pelechan en ese tiempo, ¿y se ha fijado usted, que al verlas tan relucientes y bonitas, dan ganas de considerarlas menos peligrosas?

Así es; pero ya sabe usted que a la naturaleza no siempre se le debe llevar el apunte.

-También he observado casos de pelechamiento fulminante, o si usted quiere, galopante; iguanones viejos, de cachetes caídos y papada con más repliegues que un acordeón, los he visto cambiar de indumentaria con más limpieza que Frégofi.

-¡Qué barbaridad! y de nuestra política local, ¿qué piensa usted?

-Hay un gran atortillamiento. Sin embargo, creo que cualquier día presenciaremos un espectáculo parecido a los que suelen verse en los patios sombríos y estrechos de los conventillos, en donde todos los inquilinos lavan tranquilamente sus ropas, extendiéndolas después en sogas anudadas y entrelazadas, sin que por esto haya confusión en la propiedad. Pero sopla de pronto un vendaval o remolino indiscreto, y entonces se arma el gran alboroto de la semana. Crujen las piolas podridas; las camisetas se agitan desesperadamente sus brazos tronchados; se convierten en globos las enaguas; los calzones aprovechan la ocasión para remontarse a gran altura; vuelan los pañuelos en bandada, las medias se arrinconan remolineando, mientras van llegando las mujeres, despavoridas, con cara de cabras asustadas, gritando y recogiendo a manotadas las piezas de ropa. Aúllan, se insultan y se

arañan, mientras deslindan a tirones sus prendas, las de sus maridos y sus chicos, sin perder por eso de vista un cambio provechoso, amparado por el entrevero. Mas, al fin, cesa el viento, vuelve la calma y las mujeres de la casa concluyen todas por besarse y tomar juntas el mate cocido.

-Esta vez nos acompañará a comer -me dijo misia Braulia, amablemente.

-Señora, perdone; su esposo tiene la culpa; oyéndolo se me ha pasado la hora.

Eran más de las siete. El crepúsculo había invadido como siempre, sin hacerse sentir, envolviéndolo todo con su tinte indefinido y lánguido. Un leve rumor, largo y sostenido, llegaba hasta nosotros del lado de la ciudad. Hacia el Oeste, en las lejanías, destacábanse las sierras como grandes incrustaciones azules sobre un fondo rosa pálido. Por sobre sus conos puntiagudos y truncados, suspendido en el espacio, como una enorme gota de agua iluminada, estaba Venus. El jardín de don Lino comenzaba a vivir. Los nardos daban la nota más intensa en el mudo concierto del perfume.

El cielo se despertaba soñoliento, quizá aburrido, abriendo acá y allá sus más grandes pupilas. Se escuchaba el sentimental avemaría de las ranas.

La oración, en plena naturaleza, me hace imaginar una serie de grandes y suaves acordes en modo menor, dados por mil arpas invisibles, que fueran extendiéndose más y más, pero disminuyendo su intensidad y *rallentando*, hasta desvanecerse por completo en el inmenso mar del silencio ...

-Este ramo de jazmines para su niñita -me dijo la nieta de don Lino, apareciendo como una gran flor de la noche.

-¿Le has puesto diamelas, mi hijita?

-Sí, van algunas, tatita.

-Bueno, vuelva pronto -dijo don Lino- tenemos mucho que hablar.

“La Camelia” dió un ladrido y un lengüetazo al aire, y galopó con coquetería hacia la puerta, quizá me decía: “Siento mucho que se vaya... pero se nos reseca el asado”.

Marzo de 1.905

LA BANCARROTA DE LA CIENCIA

De nos illusions se fait la vérité. Guyau.

Leí no hace mucho en un importante diario nuestro, la transcripción de algunos fragmentos de un brillante artículo sobre la bancarrota de la ciencia. “Verán nuestros lectores -decía el diario- cómo han sido recibidas las conclusiones del gran Brunetiére por uno de los primeros pensadores argentinos”.

Bien, pues; yo que alguna vez tuve la satisfacción de ser embestido cordialmente por haber intentado probar en “Modos de Ver” que no había tal ciencia en quiebra y sí, muchos espíritus quebrados, y que Mr. Brunetiére quizá podría estar viendo al revés como cualquier enfermo de retrograditis crónica, recorrí con atención esas líneas e hice mis observaciones del momento.

En primer lugar, me dije, ese pensador argentino no puede ser el autor de este artículo; lo conozco y sé cómo él piensa. Efectivamente, después supe que estaba en lo cierto.

No creo tampoco en la extraordinaria magnitud de Mr. Brunetiére. Si no me equivoco, se trata de un hombre pequeño, como todo hombre importante, de talento reconocido y muy bien rentado por quienes necesitan de su pluma. Entonces alguien dirá, Mr. Brunetiére no puede ver al revés. Así será; pero recuerdo el caso del ilustre profesor Klugel, autor de un notable tratado de óptica, quien, para examinar un cuerpo lejano en presencia de varios sabios, se obstinaba en mirar por el objetivo del antejo, lo cual, como todos saben, implica alejar, ya que no invertir, aunque otra era la causa del error de Klugel.

Esto de defender la ciencia es tarea fácil y a la vez inútil. Fácil, porque para ello basta el sentido común libre de prejuicios y de vacunas preventivas; inútil, porque la ciencia misma se encarga de hacerlo. Ella vence a sus enemigos de una manera original; no con insultos ni

diatribas; al contrario, colmándolos de beneficios, dándoles armas para luchar contra la brutalidad de la naturaleza, abriéndoles nuevos horizontes, nuevas perspectivas, poniéndolo en condiciones de desenvolver libremente todas sus facultades superiores. Podríamos decir que la ciencia trata a sus enemigos de acuerdo con aquel consejo árabe tan delicado y hermoso: “sé como el sándalo, que perfuma hasta el hacha que lo hiere”.

¿Pero realmente la ciencia puede tener enemigos? La sola pregunta avergüenza. Quizá no son enemigos los que tiene, sino gente a quien no conviene la luz que ella irradia. Muchas veces hasta el resplandor de un fósforo resulta inoportuno. Paso por alto a los nulos, porque siendo incapaces de comprenderla, no pueden amarla ni odiarla; cuando más, podrán rebuznarle al recibir su ración cotidiana.

Creo que no puede haber ciencia atea, ni creyente, ni materialista, etc.; aunque haya sabios con todos esos rótulos. No se debe confundir el contenido con el continente. La ciencia moderna investiga fríamente, sin premeditación alguna, con sinceridad absoluta, sin una pizca de ideas preconcebidas; busca la verdad tan sólo, salga lo que salga. ¿Descubre una ley? La formula, la generaliza si puede, y apoyándose en ella da un paso más hacia la región de lo desconocido, trazando así su espiral de débil luz en la inmensa bóveda del misterio. Luz débil, es cierto, pero la única con que contamos.

Goethe al ser interrogado acerca de sus creencias, contestó: “como poeta, soy politeísta; como naturalista, soy panteísta; como ser moral, deísta, y tengo necesidad de todas estas formas para expresar mis ideas”. Si personificáramos a la ciencia, y la obligáramos a contestar esa misma pregunta, quizá su respuesta fuera parecida a la de Goethe, aunque mil veces más amplia.

Los sabios, los estudiosos, podrán ser ateos, materialistas, creyentes, espiritualistas o cualquier otra cosa; pero la ciencia no; ella no se compromete con ninguno; enseña a investigar, dejando en completa libertad al espíritu.

Ahora tomemos algunos párrafos de la transcripción a que nos hemos referido: “Por definición, la ciencia es contradictoria. Sin cesar se desmiente, se corrige, se niega. Cada día el universo misterioso ofrece un aspecto nuevo a su sorpresa constante. En ese siglo XIX, que fue la época de su imperio universal, ¿no ha sido por turno, materialista, espiritualista, positivista, idealista? Cada año trae un suceso inesperado que arrasa el edificio naciente de las hipótesis. Cada experiencia contradice las experiencias anteriores. Dios ha confundido las lenguas de estos reconstructores de Babel”.

Pues bien; en estas líneas se ha hecho, sin querer, el mayor elogio de la ciencia. Efectivamente, lo que no cambia, lo que no varía, lo que no marcha, lo que no se transforma, es lo antiprogresivo, lo petrificado, lo que no tiene órbita.

La ciencia no se desmiente, se corrige, eso sí, y constantemente; pero corregirse es perfeccionarse, es depurarse, elevarse, es ser mejor que ayer, mañana que hoy, siempre mejor. Allí está el secreto de la perfecta juventud y belleza de la ciencia. Esos sucesos inesperados de cada año, no “arrasan” el edificio de las hipótesis nacientes: lo modifican, cambian en parte su orientación; hay más bien permutación de nombres que de valores. Y si algunos caen realmente, otros menos imperfectos los substituyen. Después, desde el punto de vista utilitario, esos cambios no menoscaban en lo más mínimo los beneficios que la ciencia nos proporciona. Si mañana sufriera un derrumbamiento la teoría de la electricidad, no por eso se apagarían los focos ni se pararían los motores eléctricos. No volveríamos a la vela de sebo ni a la carreta; la variante se notaría en los nuevos textos de física; se modificarían las fisonomías de algunas fórmulas, substituyendo, supongamos, una multiplicación por una elevación a potencia, una división por una extracción de raíz. Nadie sufriría, con esto, tanto, que si el mismo gran Brunetiére, a fuerza de aplaudir el derrumbamiento de la teoría de la electricidad, enfermara gravemente, y solicitara desde París la bendición pontificia, podría estar seguro de recibirla como un

hondazo en menos tiempo que canta un gallo, porque el telégrafo seguirá funcionando no obstante el derrumbamiento.

No se debe hablar mal de los muertos, y menos de los muertos ilustres: el siglo XIX ha sido un gran siglo. Por lo pronto resulta que vió y sintió como Goethe, lo cual es una recomendación muy honrosa.

Pero prosigamos. Refiriéndose al siglo XIX, dice el articulista: “Saludóse el principio de una era nueva, el comienzo del reino del hombre. Todas las ciencias parciales parecían integrarse para la revelación de la verdad suprema. La biología daba la clave del misterio vital. La astronomía manifestaba el ritmo de la mecánica celeste. La química abría el panorama del mundo inorgánico. La hipótesis del evolucionismo explicaba el enigma único del mundo, vulgarizaba el secreto formidable de la creación del cosmos, de la sucesión de las formas”.

“ ... Las promesas de la serpiente edénica se cumplían. Eramos como dioses. ¿Qué ha quedado de todo ese delirio? Ni una sola de las incógnitas se ha transmutado en cifra cognoscible para el espíritu atónito ante las ecuaciones. Nuestros telescopios nos enseñan por la inducción de la luz espectral los elementos que se amalgamaron para condensar las estrellas. Pero no nos dicen en virtud de qué voluntad esos astros que creíamos fijos en el cielo cóncavo circulan... El microscopio nos muestra el país populoso de los invisibles, pero no sabe cómo el infusorio aparece...”

“¿Qué ha quedado de todo esto?”

¡Caramba! ¡La pregunta asombra, en verdad!

Felizmente, todo lector sano de espíritu habrá contestado con una sonrisa. La respuesta podríamos sintetizarla en estas seis palabras: ha quedado dignificado el espíritu humano. Han quedado establecidos los grandes y fecundos métodos de investigación. Hánse abierto puertas hacia todos los rumbos del horizonte, por donde penetran luces nuevas, dilatadas perspectivas, realidades hermosas, ilusiones sublimes, y el soplo helado y tonificante del infinito. Cuanto a lo material, puede

responder la física aplicada, la química, la fisiología experimental, la cirugía, la bacteriología, la mecánica ... en fin, pueden responder los Helmholtz, los Claudio Bernard, los Pasteur, los Berthelot y sus discípulos ilustres, honor de la humanidad.

La ciencia más inútil según los ciegos, la astronomía, ¿qué ha dejado? ¡Oh! eso sería irnos muy lejos, hasta más allá de las estrellas quizá, y no todos se animan a perder de vista nuestra común guarida.

Bajo la faz filosófica, la astronomía, al reducir a un punto matemático, no digo a la Tierra, sino a nuestro sistema entero, es decir, a una circunferencia trazada con un radio de cuatro mil millones de kilómetros, haciendo centro en el sol, y al fijar la dirección y velocidad de su marcha misteriosa, con sólo esto, digo, ha magnificado el pensamiento humano. Pero todos sabemos cuánto más ha hecho. Ha legislado para el presente y el futuro más remoto los movimientos y posiciones relativos de los planetas y satélites de nuestro sistema, poniendo en claro su complicado engranaje, gracias a los progresos del análisis matemático sobre el clásico problema de “los tres cuerpos”, inabordable para Newton. Por el estudio de algunos sistemas binarios estelares -estrellas dobles- ha comprobado la universalidad absoluta de las leyes de Képler y de Newton, algo que conmueve hondamente el espíritu cuando se le medita con detenimiento.

El análisis espectral, evidenciando la identidad de la materia que compone los universos, proclama la fraternidad en los cielos. Quizá podríamos decir que es la idea de Cristo generalizada y dilatada hasta las estrellas. Por último, las nuevas aplicaciones del espectroscopio para determinar la velocidad radial de ciertos astros, el sentido de rotación de algunos planetas y satélites, el desdoble de ciertos sistemas que el telescopio no podía resolver, y la aclaración casi total del enigma de las estrellas variables, es algo maravilloso.

Un eminente geómetra francés, analista profundo, y por lo tanto filósofo, hablando de la armonía interna del universo, dice que su mejor expresión es la Ley. “La Ley -agrega- es una de las más recién

tes conquistas del espíritu humano y todavía hay pueblos que viven en un milagro perpetuo sin sorprenderse. Esta conquista de la Ley se la debemos a la Astronomía, y esto es lo que hace la grandeza de esta ciencia, aún más todavía que el tamaño material de los objetos que ella considera”.

Vemos, pues, así a la ligera, que la astronomía moderna va dejando cualquier cosa, aunque no sea dinero ni alimento. Mas por esto mismo muchos proceden respecto a ella como aquel beduino que, al encontrar en el desierto una bolsa de perlas, la arrojó muy lejos cuando se hubo cerciorado de que no eran arvejas. Los extremos se tocan. A mi ver, el error de los desilusionados en general, consiste en arrojar la bolsa de perlas, las conquistas de la ciencia moderna, porque no contiene la verdad absoluta, la clave del misterio total. Por eso exclaman: “la astronomía hace tal y cual cosa; pero no nos dice en virtud de qué voluntad esos astros que creíamos fijos, circulan ... “ etc.

Es cierto, no lo dice, y probablemente nadie lo dirá jamás, porque la verdad absoluta no es del resorte del cerebro humano, no cabe en él; la ciencia ha sido la primera en reconocerlo. Pero si no señala esa voluntad, nos aproxima a ella cada día. No debiéramos confundir la ciencia chata y mercantil norteamericana con la verdadera ciencia, cuya característica primordial es justamente el desinterés, el goce interior, espiritual; la ciencia por la ciencia misma.

Se ha dicho que el americanismo matará la ciencia y el arte. Puede ser; pero la matará dentro de su casa, no en el mundo. No veo la dificultad que habría en concebir un término medio entre esa ciencia ordinaria, pero útil, y la elevada y verdadera.

Aquellos espíritus demasiado sensibles, los que no pueden soportar mucho tiempo la mirada penetrante y fría del gran enigma, encontrarán lo que buscan fuera de la ciencia, en las páginas de los libros sagrados de las tres o cuatro grandes religiones con que cuenta la humanidad. Allí está explicado todo, detalladamente, con puntos y comas, y en una forma agradable. Por lo demás, no es necesario pre-

paración alguna; al contrario, conviene ir desnudo de ideas. Allí se hallan “transmutadas en cifras cognoscibles las ecuaciones que dejan atónito al espíritu”. Desde esas alturas compadecerán sin duda a sus hermanos menos felices que se sacrifican aquí abajo investigando libremente en obsequio del espíritu humano.

No; no atacemos a la ciencia: al contrario, defendámosla cada uno según nuestras fuerzas, porque en la verdad se encierra la justicia, la moral y la belleza.

Abril de 1906.

CHARLA DE DON LINO

Siempre lo visito y nunca me aburre, En el verano, su charla adquire la agilidad de esas golondrinas juguetonas que solemos ver rasando el suelo con sus cabecitas chatas y triangulares como flechas, y que de golpe se remontan por la vertical, dándole al cielo una estocada, hasta que extinguido el impulso, allá en las alturas transparentes, se dejan caer con abandono, para levantarse de nuevo y tajear sin descanso el horizonte azul con sus alas negras.

Lo que sí, es muy difícil retener las ideas y los giros de don Lino, como lo es también el seguir las curvas trazadas por las golondrinas.

Lo encontré alegre y locuaz en medio de sus rosas, sus diamelas dobles, granaditos en flor, higueras y mirlos; es decir, gozando en su jardín y huerta que ya conoce el lector.

-Al fin llegó el calor, don Lino, lo felicito -le dije.

-¡Así es, amigo! -replicó, alargándome la mano cordialmente, y ahuecando la voz con gesto cómico- yo me transformo desde el momento en que Helios llega a golpear con su diapasón térmico la gran baranda fundamental de los cielos, dándonos el *la* normal de la vida, aun no modificado por ninguna comisión oficial técnica. Entonces hasta las mismas piedras intentan dar su nota, no digo los animales, y uno que no es piedra, ni alcanza a ser animal -aunque quizás opinen lo contrario los profesores en la materia- debe experimentar algo, naturalmente.

No había duda: el hombre estaba en vena y era menester darle la vía libre.

-Y es claro -prosiguió- cada cual se manifiesta como puede: unos cantan, otros rebuznan, los más contraen matrimonio, y a mí me da por hablar. Eso del casamiento, aquí en nuestro pueblo doctísimo y piadoso, comienza a manifestarse con caracteres alarmantes. ¿No ve usted que aquí la gente se casa por el motivo más fútil, por un quítame

esas pajas? Es verdad que poco se necesita para afrontar el nuevo estado y sus corolarios: basta un flamante diploma de doctor adquirido en la casa de acuñación de Trejo y Sanabria, o en su defecto, un puestito de 90 pesos, menos el 5 % de descuento para la caja de ahorros o tonel de las Danaides.

El diploma de doctor y el sueldo fijo, son la espada y la cruz con que nuestra juventud conquista los femeninos corazones, y un porvenir aún más femenino. Olvidaba, es verdad, otros importantísimos recursos: el naípe, la ruleta y las carreras.

-Pero esos tres recursos son del mundo entero, don Lino; en otras partes hasta las damas y las señoritas juegan.

-Ya lo sé; y el tiempo que les resta lo echan en modistas y en organizar fiestas carnavalescas para socorrer al pobre. En fin, mientras el último gañán que llega a nuestro país en mangas de camisa y zuecos heredados de su abuelo se hace hombre útil, aunque sí ordinario, explotando nuestras tierras, la amarilla juventud, por no decir dorada, y la de media sangre también, por no decir bronceada, se afina y pule tanto a la sombra del empleo o en las galerías de los tribunales, que por fin acaba en punta.

-O en sable de dos filos, don Lino... Pero siga por la risueña senda en que se había encarrilado, y deje a cierta gente explotar otros cultivos: huérfanos, viudas, testamentos falsos, o viejas con dinero y poca vista. Siga con los casamientos.

-Bueno, pues. Mientras el joven prepara su tesis inaugural, del Roso, nuestro simpático y dulce carpintero nupcial, dibuja y talla con entusiasmo escaso los floreados muebles de nogal del país, cuyo importe total dividido en cuotas, lo ve esfumado en el cielo incierto de sus esperanzas, cual una nebulosa irresoluble.

En cambio, la pobre novia se descoyunta cosiendo a mano y máquina el temible *trousseau*, como si después de sus bodas se fueran a incendiar todas las tiendas, sin recordar la pobre que no todas están aseguradas. Cuando llega el galán a la casa de la novia, soplando el

diploma para enrollarlo sin peligro, encuentra a ésta, a la mamá y a las hermanas, si las tiene, convertidas en espectros: si en los faríacos del *trousseau*; hay ropa suficiente para treinta y cinco años, una deuda amortizable en un tiempo igual a X, y la novia ha disminuído, doce kilos. Se trata de una familia hacendosa.

Otras veces he pensado que lo del furor matrimonial aquí reinante pudiera obedecer a una epidemia más o menos estrambótica... ¡algún microbio que atacara el cerebelo o los cordones medulares, por ejemplo...

Tampoco he dejado de tener en cuenta el período del máximum de las manchas solares. ¡Y qué diantres! ¿No dicen que es entonces cuando todas las fuerzas ocultas de la naturaleza entran en danza? Lluvias, perturbaciones magnéticas, ciclones, terremotos, auroras boreales, o más bien dicho, polares, etc., etc.

-Y si usted recuerda, don Lino, el versito aquel de Bartrina, “yo sé lo que es amar”, tratando el fenómeno por el lado eléctrico, y si se considera también que magnetismo y electricidad es el mismo fraile con borlas distintas, no resultaría muy descabellada su sospecha.

-¿Por lo de las perturbaciones magnéticas ... ?

-Es claro.

-Vaya, me alegro.

-Por otra parte, Queterel observa que las cifras de la “nupcialidad” aumentan en las épocas prósperas; y la prosperidad de los pueblos, en general, depende de las buenas cosechas, y éstas de las lluvias, y las épocas de lluvias del período de las manchas solares.

-En fin, sea como fuere, el hecho es que aquí hasta los cocheros silban la marcha nupcial de Mendelssohn, a fuerza de oírla desde que amanece. Porque la ejecución de esa página maestra, jamás escuchada por los novios, es de rigor en el acto solemne del nudo ciego.

-Sin embargo, don Francisco de Quevedo no quiso que sus funerales fuesen con música, don Lino.

-Eso es cuestión de gusto.

Y después dirán los políticos que faltan hombres -continuó el vejito- ¡Por lo menos se ve que hay varones!

Quizá no abunden los hombres... pero no: carácter es lo que falta, y nos sobra mansedumbre. Somos un pueblo eminentemente manso. Las riendas del gobierno están de más. Se nos maneja con la vista, como a los caballos de circo. Un mono de cualquier raza, trepado al sillón de mando, con sólo mover la cola nos haría muy felices.

-Sin embargo, don Lino, dicen que nuestro clima no se presta para ovejas.

-No andarán bien las de lana fina: con Buenos Aires no basta; pero nadie pondrá en duda la bondad de nuestras lanas para la confección de alfombras: trátase de un artículo especialmente sufrido al pisoteo. La prueba está dada por la vieja alfombra que usa el pueblo de Córdoba desde hace 25 años. Sobre ella se baila, se cocina y se churrasquea *ad líbitum*; con frecuencia pasan y se revuelcan animales sobre ella, pero no se ve una mancha, ni siquiera un punto deshilachado.

-Entonces debe ser muy buena la trama, don Lino.

-Naturalmente.

-¿Pero no estará exagerando?

-¡Vaya, pues! Le digo que somos mansísimos. Pruebas me sobran. Aquí, por ejemplo, un gobernante, conforme pisa el alfombrado, se arremanga, y como muestra de sus sanas intenciones y de sus vistas largas, de sopetón cuadruplica los impuestos, dando así en la boca del estómago, no sólo al pueblo, sino a todos los financistas de la tierra. Y esto que en cualquier parte provocaría un alzamiento, entre nosotros es motivo de un mayor achatamiento; y todos repetimos al unísono, con voz temblona y ojos entornados: "Hágase, señor, su voluntad aquí en el suelo como en el cabildo".

-Bienaventurados los mansos don Lino, porque ellos poseerán la tierra.

-¡Lo dudo, amigo! Los mansos cuando más podrán contar con un lindo bozal, de plata si usted quiere; con necesidades las mas de las veces, o en su defecto, con tierras celestes inaccesibles al impuesto territorial, es verdad, pero muy poco aptas para la agricultura.

Otras veces esos mismos gobernantes, animados de un fervor religioso muy plausible, al ver aproximarse Corpus Christi, arremánganse de nuevo, y recordando los felices días en que vestidos de acólitos, con sus polleritas blancas y almidonadas a la rodilla, abiertos de piernas y las cabezas gachas, hacían saltar los badajos de las campanillas de plata a fuerza de zamarrearlas a dos manos; esos señores, decía, pasan una nota-circular a sus empleados, invitándolos a tomar una vela en la procesión; invitación que concluye así: -“Será considerada como una falta la no asistencia». -¡Diablos! eso me parece equivalente a un grito dado a media noche: ¡¡la vela o el empleo!! ¡ Pero que venga la vela mil veces, y viva la libertad de creencias! Y allí van los pobres, cabizbajos, las velas chorreando...

La piedra bola del pavimento, en combinación con las 25 procesiones que circulan al año, viene a dar algo así, como dos medias suelas por cabeza de fiel, ítem más la contribución muy importante correspondiente a las aceras de ciertos edificadores al por mayor. Aquí la gente no malicia que debe andar con herraduras, ¡cuándo eso sería su salvación!

-Y la ruina de los zapateros.

-No lo creo. Entre nosotros no hay zapatero pobre.

-Lo que es yo, ya sabe usted: trabajo por distraerme, por desentumir el cuerpo después de leer un buen libro.

Sí, mi amigo; somos un pueblo eminentemente manso, completamente bienaventurado. Todos opinamos con energía... en el comedor de nuestras casas o más allá del comedor; pero nos guardamos muy bien de exteriorizar nuestro modo de ver en actos o en palabras.

-¿Entonces no hay opinión pública, don Lino?

-En el sentido vulgar del término, no la hay en realidad. Pero “sí” tenemos opinión privada, que podríamos considerarla como opinión pública en estado latente. En fin; otra vez hablaremos de estas y otras cosas.

Ahora más bien contemplemos esa hermosa puesta de sol, pero sin decir nada. Lo grandioso se admira en silencio. Y después, ¿qué podríamos agregar a lo ya dicho por los más grandes poetas y los más grandes tontos? Porque no hay infeliz cultor de la pluma o del pincel que no haya manoseado al sol en el ocaso... sin duda porque lo ven caído. Es el triunfo del carancho. Nosotros no haremos eso. Dejémosle hundirse tranquilo, incendiando las nubes cual un almirante suicida que al naufragar hubiese arrimado fuego a la Santa Bárbara, y espere la llegada del crepúsculo, esa hora indefinida en que comienzan a despertar las estrellas y las flores .

Febrero de 1.906

¿CANÍCULA PARA NOSOTROS?

¿Podríamos nosotros, los del hemisferio austral inclusive los brasileños y los africanos del sud, decir con propiedad, que en Diciembre, Enero y Febrero nos encontramos en plena canícula, aunque nos achicharre el sol? Esta pregunta me la sugirió la lectura de cierto artículo firmado por un distinguido vulgarizador científico francés en el cual se trataba de explicar el por qué de la palabra canícula.

Al pretender generalizar aplicando el caso a nuestro hemisferio, no sé si el autor o el traductor de dicho trabajo ha cometido un error fundamental. En general, y bajo otro punto de vista, es permitido y es lógico substituir, por ejemplo, el nombre del mes de julio allí con el de Enero aquí tratándose de las estaciones pero otro cosa es con la canícula.

“Estarnos en plena canícula -decía el articulista- calor, mosquitos, tormentas. La tradición popular que se remonta hasta los egipcios no está equivocada. ¿Por qué ese nombre canícula? Porque antes hace ya mucho tiempo, desde el 24 de Enero hasta el 26 de Febrero, el Sol salía al mismo tiempo que la hermosa estrella Sirio de la constelación del *Gran Can*. Los latinos le bautizaron con el diminutivo de dicha constelación: canícula”. -Este es el párrafo fundamental del artículo; y el pecado mortal aquello del 24 de Enero al 26 de Febrero.

Pues resulta muy fácil probar que desde los tiempos lejanos a que se refiere el autor, hasta hoy jamás Sirio ha podido darse el lujo de salir, en Enero y Febrero, a la misma hora que el Sol. O en términos más precisos, aunque no tan claros para algunos, lo que es una lástima: la salida heliática de Sirio no ha podido efectuarse en los meses citados, ni en aquellos tiempos ni hoy.

Para ver las cosas claras, si el lector se anima, demos un salto atrás de dos mil años sobre el arco triunfal de la eclíptica, y retrogradando veintiocho grados (28°) caeremos justamente en los tiempos

lejanos del autor, sobre el signo de Aries. En virtud de la precesión, fenómeno debido a la rotación lentísima del eje del mundo alrededor del eje de la eclíptica y que acabamos de corregir con el salto dado, el solsticio de verano, para el hemisferio Norte, correspondía en aquellos tiempos a la posición del Sol entre las constelaciones de Géminis y Cáncer. Debido al mismo fenómeno, la estrella polar de hoy no era más que una candidata a la regerencia del polo, pues aún distaba trece o catorce grados. En esa época, para Egipto desde el 21 de Junio a Julio, y no de Enero a Febrero, Sirio salía al mismo tiempo que el Sol, separado por un arco de cuarenta y tres grados (43°), en el borde del horizonte, pasando por el meridiano una hora y minutos antes que el Sol. En la misma época y fecha, para el centro de Europa, Sirio salía dos horas y pico después que el Sol, separados por un arco de sesenta grados (60°), en el borde del horizonte, y culminaba también antes que el Sol. Vemos, pues, que esto sucedía en pleno verano para el hemisferio Norte, y, por consiguiente, en invierno pleno para el hemisferio Sud: luego, en aquellos tiempos no podía aplicarse ni en broma el término canícula para nosotros. Igual cosa podemos decir ahora, pues la “mise en scène” del cielo, en el sentido de nuestro estudio, ha cambiado poco desde entonces. Actualmente Sirio sale para Egipto del 21 Junio a Julio, dos horas después que el Sol, y para el centro de Europa, cuatro horas después, pero culmina todavía la constelación del Gran Can en pleno día y pleno verano para el hemisferio Norte. Así que, hasta hoy, para ese hemisferio, el término canícula tiene razón de ser, o valor en plaza. Pero para el nuestro, absolutamente lo contrario.

Investiguemos cómo andan las relaciones de Sirio con el Sol, en pleno verano para nosotros.

Tomando la latitud media de nuestro hemisferio (45°), ¿a qué hora sale Sirio en los meses de Enero y Febrero? El contraste no puede ser mayor, pues al asomar nuestro Sol canicular por el oriente, Sirio va desapareciendo lentamente al occidente. Como se ve, son relacio-

nes imposibles. Y en los tiempos lejanos del articulista, tampoco salía Sirio con el Sol “desde el 24 de Enero hasta el 26 de Febrero”, pues había en ese momento nada menos que una diferencia de siete a ocho horas para Egipto; es decir, cuando el Sol naciente de la árida tierra de las pirámides, despertaba a estos monstruos, flechándoles el lomo, Sirio, la hermosa estrella anunciadora de las Crecientes del Nilo, todavía se encontraba a cien grados largos debajo del horizonte, ¡pues salía siete horas después!

¿Pero acaso estas razones podrían modificar en lo más mínimo el lenguaje usual?

¿Seguiremos diciendo nosotros los australes, que en Enero y Febrero estamos en plena canícula? ¿Y quién lo dudaría? Aquí viene de molde el verso del filósofo: “Cette sentence est bonne et belle, mais, entre hommes, de quoi sert-elle?” Sin embargo, no hay plazo que no se cumpla. El término “jamás”, apurándolo mucho, suele fallar casi siempre; sirve especialmente para el uso doméstico y para el teatro romántico. Con el andar de la eternidad, y en virtud de la “precesión”, nuestro cielo diurno de invierno llegará a ser alguna vez nuestro cielo ídem de verano. Sólo entonces podremos quejarnos con razón de la canícula, porque la constelación del Gran Can culminará en pleno día. Pero falta todavía un buen rato: trece mil años largos. Entonces sí, se habrán cambiado los papeles: serán los del hemisferio Norte los que apliquen mal el término, y con una agravante muy sugerente y es que para el centro de Europa, la constelación del Gran Can, con Sirio adelante, habrá desaparecido para siempre de su horizonte, de su cielo, aunque no para “siempre jamás”. Entonces la estrella polar de hoy, distará del Polo, más o menos cuarenta y seis grados.

La constelación de Orión, o mejor dicho su hermoso cuadrilátero, con su “cinto” y nebulosa clásica, joya ecuatorial visible hoy desde cualquier punto de la tierra, habrá desaparecido casi totalmente para el centro de Europa, quedando sólo como muestra de ella, Betelguese,

“alfa” de Orión, cual un espléndido granate suspendido a tres grados sobre el horizonte.

Pero en cambio, la “cruz maravillosa” de los primeros navegantes, nuestra celebrada “Cruz del Sur”, “El Centauro” y “El Triángulo”, habrán surgido como desde el fondo del mar ante los ojos de nuestros futuros hermanos europeos, culminando a la mayor altura posible para dichas constelaciones.

Se dice con toda razón que “La Cruz del Sur” jamás puede ser vista desde Europa, o si se quiere, más allá de los treinta grados de latitud Norte. Así es realmente, y la demostración cosmográfica es muy sencilla. Pero acabamos de ver que si apretamos ese “jamás”, resulta que afloja a los trece mil años. Sólo hace cinco mil años que “La Cruz del Sur” es absolutamente invisible desde el Sur de Europa. Por eso será que doña Emilia Pardo Bazán decía, con motivo del último gran eclipse de Sol para España, que si durante el eclipse, la región Sur del horizonte se mantenía despejada, el público madrileño podría contemplar “La Cruz del Sur”!! Esto sería cierto si la restáramos cincuenta siglos; pero tal operación implicaría un rejuvenecimiento demasiado violento, para la simpática escritora.

Como todos saben, el Dante, después de haber recorrido el infierno, y mientras se refrescaba un poco en compañía de su amigo y maestro Virgilio, con la serenidad del aire de aquel círculo primero, vió lo que no podía ver entonces: La Cruz del Sur. “Io me volsi á man destra, e posi mente -¡All’altro Polo, e vide quattro stelle -Non viste mai four ch’alla prima gente- Goder pareva il ciel di lor fiammelle! -O settentrional vedovo sito!- Poiché privato di mirar quelle!” Esta fue una broma de pura imaginación y de muy buen gusto del gran poeta del dolor, y que no dejó de sorprender a muchos.

Recordando a Kant cuando decía: “amigos míos, ¿no hay amigos!” diremos: ¡para nosotros, señora, ni en plena canícula hay canícula!

COSAS DE CHICA GRANDE

(Monólogo)

¡Cuando seré niña grande!...

Aunque realmente no estoy bien segura si soy chica o grande, porque, si pido por ejemplo que me vistan de largo, todas las de mi casa gritan a una voz: -“¡Cállate, criatura metida! a tí te corresponde vestido a media pierna”. Está muy bien; pero, si por algún descuido llego a mostrar las piernas un poquito más arriba de lo legal (las que, dicho sea de paso, no son de muy mala clase), se oyen de nuevo los gritos, pero ahora en sentido inverso:

-¡Ché, niña grande, no tienes vergüenza!

Si pido que me lleven al teatro, de seguro que soy una criatura; si me duermo en la sala cuando hay visitas, ¡ah! se quieren morir, porque soy una señorita. ¡Y quién no se aburre con ciertas visitas! Llegan y se sientan completamente tiasas, empalizadas, y comienza el abanico de ordenanza, aunque esté nevando.

-¿Ha visto usted qué tiempo tan terrible el que tenemos? ¡Qué lluvias tan prolongadas! Aunque los del Pergamino anuncian buen tiempo para el cuarto menguante.

-Lo mismo dice Bristol.

-Los dos son muy acertados.

-Hace mucho que no veo a ustedes en ninguna parte.

-Es verdad, como salimos poco... nada más que a la novena del Perpetuo Socorro y al teatro. Aunque yo les digo que debiéramos hacer la del Corazón de Jesús, en la Catedral, porque así evitaríamos el cambio de *toilette*, para ir en seguida a la Opera.

-Justamente ese era nuestro proyecto, pero nos ha faltado la modista. ¡Esa madama Blanchard es terrible! Todos los días deben llegarnos los trajes de Buenos Aires; pero, cuando no es la huelga de costureras, es la aduana que no entrega la partida de encaje inglés, o

el ferrocarril, ¡o qué sé yo! El hecho es que la tal madama Blanchard nos obliga a presentarnos en público con los mismos trajes del año pasado.

-No recuerdo haberlas visto a ustedes en el teatro.

-¡Pero si estamos abonadas!

-¡Ay qué bien! ¡tener la agradable obligación de ir todas las noches!

-Es verdad, por lo bueno se debe uno sacrificar. Sin embargo, mañana creo que no iremos, porque se da *Gioconda*, y ya sabe usted lo que dice el diario respecto a las óperas con baile.

-El jueves también debe darse otra ópera con baile, *Mefistófeles*.

-Jesús, eso debe ser terrible! ¡*Mefistófeles* y con baile! -dice mi abuelita- ¡Qué gente tan perdida la de estos tiempos! ¡ni a la música dejan de inyectarle su poquito de veneno!

-Sin embargo, con no mirar al escenario cuando aparezcan las bailarinas... ¡porque, perder el abono por esas pícaras, es una iniquidad!

-Lo mismo nos ha dicho el Padre.

-Aunque, bien mirado, son los hombres quienes debieran volver la cara cuando se presentan esas piruetistas desalmadas a lucir sus piernas, porque al fin para nosotras...

-¡Naturalmente! Pero ¡qué esperanza!

¡Si las estoy viendo salir a esas mujeres! Aparecen de improviso y en silencio, como una nube de mariposas traídas por el viento. Sonrientes, ligeras, en puntillas, casi sin tocar el escenario; brillándoles los ojos, los dientes y las piedras falsas; los brazos desnudos y levantados en arco, quizá demasiado levantados, y al centro, unos escotes como patios estucados. De las polleritas no hay que acordarse, porque son un soplido. Corren y se deslizan sobre la punta de los pies, coqueteando, juguetonas, perseguidas por los reflectores de luces polícromas, que a porfía se disputan sus cuerpos vaporosos y flexibles.

La música, mientras tanto, encantadora.

Pero, cuando al final del bailable, después de un remolineo general, se detienen agrupadas, formando vistosos ramilletes vivos, anhelantes, latiéndoles el pecho desordenadamente cual palomas asustadas por el gavilán, caen sobre ellos los focos, descubriéndoles la edad debajo de la capa de albayalde, sus arrugas, sus coloretos, sus venas azules, sus dientes postizos, y aun más todavía: ¡sus fingidas sonrisas, sus melancolías, sus tristealegres vidas! -¡Dios mío, las cuatro! Bien, pues. . . ¡he tenido tanto gusto! ... (cruje la seda y se van). ¡Y yo también tengo mucho gusto de verlas marcharse!

Pero aun mucho más opio resultan ciertas salas con novios. ¡Uff, los novios! Da grima verlos arrinconados, ensimismados, hablando en secreto (¿no sabrán que es de mala educación eso de secretarse en público?), ajenos a todo lo que pasa a su alrededor. El novio, gruñendo entre dientes, los ojos vidriosos, las orejas como guindas, ahogado por el cuello lustroso que le oprime la garganta con la ferocidad de un perro bulldog; tan bien peinado, que la cabeza resulta planchada. La otra, la novia, se vuelve puro remilgo, no levanta los ojos sino de muy tarde en tarde, y eso con toda cautela, para revolverlos como tirabuzón sobre los de su atacante. En ciertos momentos se muerde los labios, pliega y repliega el abanico (¡pobre abanico!), dice que nada sabe y se frunce toda entera. Pero ¡cosa extraña! su mamá, aunque se encuentre al lado, no da señales de vida; procede con la circunspección de un pilar; es un cuerpo inmutable, incommovible, muy mal conductor del sonido, como dice la señorita profesora de física. Es cierto que alguna vez llega a bostezar detrás del abanico, encartuchando la boca y blanqueando los ojos, pero eso es muy natural y también muy disculpable. Sin embargo, en último caso, cuando el aburrimiento se generaliza, y la concurrencia entera comienza a experimentar ese malestar angustioso, anunciando por silencios totales y aterradores, entonces la mamá vuelve en sí, se da cuenta de la situación, y como quien toca la campana de alarma, indica al novio lleve la niña al piano. La muchacha, ligeramente sorprendida, mira al novio y después a la mamá,

vacila, se resiste, pero cede por fin, gracias a una oportuna revuelta de ojos de la señora. Se levanta sonriente, fresca como un pimpollo, y al dar el primer paso, se le tuerce el pie, no sé si por mirarse al espejo que tiene al frente, o a causa del taco Luis XV de última moda. Llega al taburete del piano y le hace gritar con graciosa negligencia; se sienta resueltamente y después de ahuecarse la ruidosa falda de moaré, arremete a una polonesa de Chopin. El novio, al lado, para volver la hoja, aunque ignora lo que es un pentágono. ¡Pero suena el piano, y santo remedio! La niebla se disipa, se ve el cielo azul, brilla el sol y los pájaros cantan. Todo el mundo habla, desde la ejecutante con su novio, hasta la última señora de edad, quien, un momento antes estuvo a punto de dar el primer ronquido con tarascón. ¡Oh, misterioso poder de la música! ¡oh, arte superior! Tú eres el mejor reactivo para descubrir a tanta gente con alma de ladrillo; eres la fresca brisa que rejuvenece y vivifica marchitas flores del espíritu; la vara mágica del fakir indio, a cuyo suave contacto ábrese silencioso el cofrecito perfumado de los recuerdos, lleno de hojas secas y pétalos pulverizados.

Y tú, Chopin, espíritu inmortal, almaflor, poeta inefable del sonido y del ritmo, ¡perdónales, que no saben lo que oyen! Tus notas son finísimas perlas, más, aquí, en este salón, las toman por arvejas como el beduino del cuento árabe.

¡Ay, Dios mío! ¡Qué diría mi maestro, el señor van Marck, al ver cómo se le trata a su Chopin! Aunque ya me imagino lo que habría dicho: “¡Muy buenas noches!” y se hubiera marchado perfectamente tranquilo y al parecer sin rumbo, con el sombrero estrujado y puesto como por casualidad; los pantalones arrollados a pesar del buen tiempo, un amplio paletot a lo Beethoven, su indispensable varillita de bambú en una mano, y en su blanco rostro, imperturbable y frío, dos ojitos negros de mirar intenso.

Mayo de 1.904.